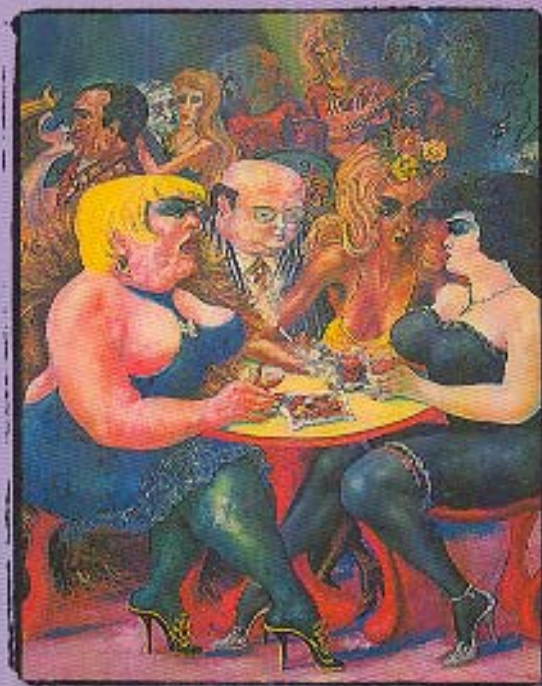



Guillermo Martínez

Infierno Grande



 Planeta

Digitalizado por srf

Palabras de Liliana Heker a la primera edición (1989)

Lo incisivo de sus observaciones, cierto peculiar sentido de la comicidad y una impiedad solapada le confieren a *Infierno Grande* su tono intransferible, su originalidad.

Pero el placer que provoca su lectura hay que rastrearlo sobre todo en una cosa: en la soltura con que estos diez cuentos están narrados.

Guillermo Martínez cuenta con la naturalidad y el desenfado con que podría hacerla un autor clásico, pero leerlo no es tranquilizador; la derivación gradual de sus historias hacia la demencia, el absurdo, o un horror netamente contemporáneo, contrastan con el estilo calmo y hasta gozoso con que estas historias están narradas e instalan al lector en una realidad contradictoria y nada apacible.

Y no digo más. Se trata de un autor nuevo y valioso: descubrir sus claves, tratar de extrapolar su mundo, han de ser aventura y trabajo de cada lector.

Liliana Heker

INFIERNO GRANDE

Muchas veces, cuando el almacén está vacío y sólo se escucha el zumbido de las moscas, me acuerdo del muchacho aquel que nunca supimos cómo se llamaba y que nadie en el pueblo volvió a mencionar.

Por alguna razón que no alcanzo a explicar lo imagino siempre como la primera vez que lo vimos, con la ropa polvorienta, la barba crecida y, sobre todo, con aquella melena larga y desprolija que le caía casi hasta los ojos. Era recién el principio de la primavera y por eso, cuando entró al almacén, yo supuse que sería un mochilero de paso al sur. Compró latas de conserva y yerba, o café; mientras le hacía la cuenta se miró en el reflejo de la vidriera, se apartó el pelo de la frente, y me preguntó por una peluquería.

Dos peluquerías había entonces en Puente Viejo; pienso ahora que si hubiera ido a lo del viejo Melchor quizá nunca se hubiera encontrado con la Francesa y nadie habría murmurado. Pero bueno, la peluquería de Melchor estaba en la otra punta del pueblo y de todos modos no creo que pudiera evitarse lo que sucedió.

La cuestión es que lo mandé a la peluquería de Cervino y parece que mientras Cervino le cortaba el pelo se asomó la Francesa. Y la Francesa miró al muchacho como miraba ella a los hombres. Ahí fue que empezó el maldito asunto, porque el muchacho se quedó en el pueblo y todos pensamos lo mismo: que se quedaba por ella.

No hacía un año que Cervino y su mujer se habían establecido en Puente Viejo y era muy poco lo que sabíamos de ellos. No se daban con nadie, como solía comentarse con rencor en el pueblo. En realidad, en el caso del pobre Cervino era sólo timidez, pero quizá la Francesa fuera, sí, un poco arrogante. Venían de la ciudad, habían llegado el verano anterior, al comienzo de la temporada, y recuerdo que cuando Cervino inauguró su peluquería yo pensé que pronto arruinaría al viejo Melchor, porque Cervino tenía diploma de peluquero y premio en un concurso de corte a la navaja, tenía tijera eléctrica, secador de pelo y sillón giratorio, y le echaba a uno savia vegetal en el pelo y hasta spray si no se lo frenaba a tiempo. Además, en la peluquería de Cervino estaba siempre el último *El Gráfico* en el revistero. Y estaba, sobre todo, la Francesa.

Nunca supe muy bien por qué le decían la Francesa y nunca tampoco quise averiguarlo: me hubiera desilusionado enterarme, por ejemplo, de que la Francesa había nacido en Bahía Blanca o, peor todavía, en un pueblo como éste. Fuera como fuese, yo no había conocido hasta entonces una mujer como aquélla. Tal vez era simplemente que no usaba corpiño y que hasta en invierno podía uno darse cuenta de que no llevaba nada debajo del pulóver. Tal vez era esa costumbre suya de aparecerse apenas vestida en el salón de la peluquería y pintarse largamente frente al espejo, delante de todos. Pero no, había en la Francesa algo todavía más

inquietante que ese cuerpo al que siempre parecía estorbarle la ropa, más perturbador que la hondura de su escote. Era algo que estaba en su mirada. Miraba a los ojos, fijamente, hasta que uno bajaba la vista. Una mirada incitante, promisoría, pero que venía ya con un brillo de burla, como si la Francesa nos estuviera poniendo a prueba y supiera de antemano que nadie se le animaría, como si ya tuviera decidido que ninguno en el pueblo era hombre a su medida. Así, con los ojos provocaba y con los ojos, desdeñosa, se quitaba. Y todo delante de Cervino, que parecía no advertir nada, que se afanaba en silencio sobre las nuca, haciendo sonar cada tanto sus tijeras en el aire.

Sí, la Francesa fue al principio la mejor publicidad para Cervino y su peluquería estuvo muy concurrida durante los primeros meses. Sin embargo, yo me había equivocado con Melchor. El viejo no era tonto y poco a poco fue recuperando su clientela: consiguió de alguna forma revistas pornográficas, que por esa época los militares habían prohibido, y después, cuando llegó el Mundial, juntó todos sus ahorros y compró un televisor color, que fue el primero del pueblo. Entonces empezó a decir a quien quisiera escucharlo que en Puente Viejo había una y sólo una peluquería de hombres: la de Cervino era para maricas.

Con todo, creo yo que si hubo muchos que volvieron a la peluquería de Melchor fue, otra vez, a causa de la Francesa: no hay hombre que soporte durante mucho tiempo la burla o la humillación de una mujer.

Como decía, el muchacho se quedó en el pueblo. Acampaba en las afueras, detrás de los médanos, cerca de la casona de la viuda de Espinosa. Al almacén venía muy poco; hacía compras grandes, para quince días o para el mes entero, pero en cambio iba todas las semanas a la peluquería. Y como costaba creer que fuera solamente a leer *El Gráfico*, la gente empezó a compadecer a Cervino. Porque así fue, al principio todos compadecían a Cervino. En verdad, resultaba fácil apiadarse de él: tenía cierto aire inocente de querubín y la sonrisa pronta, como suele suceder con los tímidos. Era extremadamente callado y en ocasiones parecía sumirse en un mundo intrincado y remoto: se le perdía la mirada y pasaba largo rato afilando la navaja, o hacía chasquear interminablemente las tijeras y había que toser para retornarlo. Alguna vez, también, yo lo había sorprendido por el espejo contemplando a la Francesa con una pasión muda y reconcentrada, como si ni él mismo pudiese creer que semejante hembra fuera su esposa. Y realmente daba lástima esa mirada devota, sin sombra de sospechas.

Por otro lado, resultaba igualmente fácil condenar a la Francesa, sobre todo para las casadas y casaderas del pueblo, que desde siempre habían hecho causa común contra sus temibles escotes. Pero también muchos hombres estaban resentidos con la Francesa: en primer lugar, los que tenían fama de gallos en Puente Viejo, como el ruso Nielsen, hombres que no estaban acostumbrados al desprecio y mucho menos a la sorna de una mujer.

Y sea porque se había acabado el Mundial y no había de qué hablar, sea porque en el pueblo venían faltando los escándalos, todas las conversaciones desembocaban en las andanzas del muchacho y la Francesa. Detrás del mostrador yo escuchaba una y otra vez las mismas cosas: lo que había visto Nielsen una noche en la playa, era una noche fría y sin embargo los dos se desnudaron y debían estar drogados porque hicieron algo que Nielsen ni entre hombres terminaba de contar; lo que decía la viuda de Espinosa: que desde su ventana siempre escuchaba risas y gemidos en la carpa del muchacho, los ruidos inconfundibles de dos que se revuelcan juntos; lo que contaba el mayor de los Vidal, que en la peluquería, delante de él y en las narices de Cervino... En fin, quién sabe cuánto habría de cierto en todas aquellas habladurías.

Un día nos dimos cuenta de que el muchacho y la Francesa habían desaparecido. Quiero decir, al muchacho no lo veíamos más y tampoco aparecía la Francesa, ni en la peluquería ni en el camino a la playa, por donde solía pasear. Lo primero que pensamos todos es que se habían ido juntos y tal vez porque las fugas tienen siempre algo de romántico, o tal vez porque el peligro ya estaba lejos, las mujeres parecían dispuestas ahora a perdonar a la Francesa: era evidente que en ese matrimonio algo fallaba, decían; Cervino era demasiado viejo para ella y por otro lado el muchacho era tan buen mozo... y comentaban entre sí con risitas de complicidad que quizás ellas hubieran hecho lo mismo.

Pero una tarde que se conversaba de nuevo sobre el asunto estaba en el almacén la viuda de Espinosa y la viuda dijo con voz de misterio que a su entender algo peor había ocurrido; el muchacho aquel, como todos sabíamos, había acampado cerca de su casa y, aunque ella tampoco lo había vuelto a ver, la carpa todavía estaba allí; y le parecía muy extraño -repetía aquello, muy extraño- que se hubieran ido sin llevar la carpa. Alguien dijo que tal vez debería avisarse al comisario y entonces la viuda murmuró que sería conveniente vigilar también a Cervino. Recuerdo que yo me enfurecí pero no sabía muy bien cómo responderle: tengo por norma no discutir con los clientes.

Empecé a decir débilmente que no se podía acusar a nadie sin pruebas, que para mí era imposible que Cervino, que justamente Cervino... Pero aquí la viuda me interrumpió: era bien sabido que los tímidos, los introvertidos, cuando están fuera de sí son los más peligrosos.

Estábamos todavía dando vueltas sobre lo mismo, cuando Cervino apareció en la puerta. Hubo un gran silencio; debió advertir que hablábamos de él porque todos trataban de mirar hacia otro lado. Yo pude observar cómo enrojecía y me pareció más que nunca un chico indefenso, que no había sabido crecer.

Cuando hizo el pedido noté que llevaba poca comida y que no había comprado yoghurt. Mientras pagaba, la viuda le preguntó bruscamente por la Francesa.

Cervino enrojeció otra vez, pero ahora lentamente, como si se sintiera honrado con tanta solicitud. Dijo que su mujer había viajado a la ciudad para cuidar al padre, que estaba muy enfermo, pero que pronto volvería, tal vez en una semana. Cuando terminó de hablar había en todas las caras una expresión curiosa, que me costó identificar: era desencanto. Sin embargo, apenas se fue Cervino, la viuda volvió a la carga. A ella, decía, no la había engañado ese farsante, nunca más veríamos a la pobre mujer. Y repetía por lo bajo que había un asesino suelto en Puente Viejo y que cualquiera podía ser la próxima víctima.

Transcurrió una semana, transcurrió un mes entero y la Francesa no volvía. Al muchacho tampoco se lo había vuelto a ver. Los chicos del pueblo empezaron a jugar a los indios en la carpa abandonada y Puente Viejo se dividió en dos bandos: los que estaban convencidos de que Cervino era un criminal y los que todavía esperábamos que la Francesa regresara, que éramos cada vez menos. Se escuchaba decir que Cervino había degollado al muchacho con la navaja, mientras le cortaba el pelo, y las madres les prohibían a los chicos que jugaran en la cuadra de la peluquería y les rogaban a sus esposos que volvieran con Melchor.

Sin embargo, aunque parezca extraño, Cervino no se quedó por completo sin clientes: los muchachos del pueblo se desafiaban unos a otros a sentarse en el fatídico sillón del peluquero para pedir el corte a la navaja, y empezó a ser prueba de hombría llevar el pelo batido y con spray.

Cuando le preguntábamos por la Francesa, Cervino repetía la historia del suegro enfermo, que ya no sonaba tan verdadera. Mucha gente dejó de saludarlo y supimos que la viuda de Espinosa había hablado con el comisario para que lo detuviese. Pero el comisario había dicho que mientras no aparecieran los cuerpos nada podía hacerse.

En el pueblo se empezó entonces a conjeturar sobre los cadáveres: unos decían que Cervino los había enterrado en su patio; otros, que los había cortado en tiras para arrojarlos al mar, y así Cervino se iba convirtiendo en un ser cada vez más monstruoso.

Yo escuchaba en el almacén hablar todo el tiempo de lo mismo y empecé a sentir un temor supersticioso, el presentimiento de que en aquellas interminables discusiones se iba incubando una desgracia. La viuda de Espinosa, por su parte, parecía haber enloquecido. Andaba abriendo pozos por todos lados con una ridícula palita de playa, vociferando que ella no descansaría hasta encontrar los cadáveres.

Y un día los encontró.

Fue una tarde a principios de noviembre. La viuda entró en el almacén preguntándome si tenía palas; y dijo en voz bien alta, para que todos la escucharan, que la mandaba el comisario a buscar palas y voluntarios para cavar en los méda-

nos, detrás del puente. Después, dejando caer lentamente las palabras, dijo que había visto allí, con sus propios ojos, un perro que devoraba una mano humana. Me estremecí; de pronto todo era verdad y mientras buscaba en el depósito las palas y cerraba el almacén seguía escuchando, aún sin poder creerlo, la conversación entrecortada de horror, perro, mano, mano humana.

La viuda encabezó la marcha, airoso. Yo iba último, cargando las palas. Miraba a los demás y veía las mismas caras de siempre, la gente que compraba en el almacén yerba y fideos. Miraba a mi alrededor y nada había cambiado, ningún súbito vendaval, ningún desacostumbrado silencio. Era una tarde como cualquier otra, a la hora inútil en que se despierta de la siesta. Abajo se iban alineando las casas, cada vez más pequeñas, y hasta el mar, distante, parecía pueblerino, sin acechanzas. Por un momento me pareció comprender de dónde provenía aquella sensación de incredulidad: no podía estar sucediendo algo así, no en Puente Viejo.

Cuando llegamos a los médanos el comisario no había encontrado nada aún. Estaba cavando con el torso desnudo y la pala subía y bajaba sin sobresaltos. Nos señaló vagamente en torno y yo distribuí las palas y hundí la mía en el sitio que me pareció más inofensivo. Durante un largo rato sólo se escuchó el seco vaivén del metal embistiendo la tierra. Yo le iba perdiendo el miedo a la pala y estaba pensando que tal vez la viuda se había confundido, que quizá no fuera cierto, cuando oímos un alboroto de ladridos. Era el perro que había visto la viuda, un pobre animal raquíptico que se desesperaba alrededor de nosotros. El comisario quiso espantarlo a cascotazos pero el perro volvía y volvía y en un momento pareció que iba a saltarle encima. Entonces nos dimos cuenta de que era ése el lugar, el comisario volvió a cavar, cada vez más rápido, era contagioso aquel frenesí, las palas se precipitaron todas juntas y de pronto el comisario gritó que había dado con algo; escarbó un poco más y apareció el primer cadáver.

Los demás apenas le echaron un vistazo y volvieron enseguida a las palas, casi con entusiasmo, a buscar a la Francesa, pero yo me acerqué y me obligué a mirarlo con detenimiento. Tenía un agujero negro en la frente y tierra en los ojos. No era el muchacho.

Me di vuelta, para advertirle al comisario, y fue como si me adentrara en una pesadilla: todos estaban encontrando cadáveres, era como si brotaran de la tierra, a cada golpe de pala rodaba una cabeza o quedaba al descubierto un torso mutilado. Por donde se mirara muertos y más muertos, cabezas, cabezas.

El horror me hacía deambular de un lado a otro; no podía pensar, no podía entender, hasta que vi una espalda acribillada y más allá una cabeza con venda en los ojos. Miré al comisario y el comisario también sabía, nos ordenó que nos quedáramos allí, que nadie se moviera, y volvió al pueblo, a pedir instrucciones.

Del tiempo que transcurrió hasta su regreso sólo recuerdo el ladrido incesante del perro, el olor a muerto y la figura de la viuda hurgando con su palita en-

tre los cadáveres, gritándonos que había que seguir, que todavía no había aparecido la Francesa. Cuando el comisario volvió caminaba erguido y solemne, como quien se apresta a dar órdenes. Se plantó delante de nosotros y nos mandó que enterrásemos de nuevo los cadáveres, tal como estaban. Todos volvimos a las palas, nadie se atrevió a decir nada. Mientras la tierra iba cubriendo los cuerpos yo me preguntaba si el muchacho no estaría también allí. El perro ladraba y saltaba enloquecido. Entonces vimos al comisario con la rodilla en tierra y el arma entre las manos. Disparó una sola vez. El perro cayó muerto. Dio luego dos pasos con el arma todavía en la mano y lo pateó hacia adelante, para que también lo enterrásemos.

Antes de volver nos ordenó que no hablásemos con nadie de aquello y anotó uno por uno los nombres de los que habíamos estado allí.

La Francesa regresó pocos días después: su padre se había recuperado por completo. Del muchacho, en el pueblo nunca hablamos. La carpa la robaron ni bien empezó la temporada.

BRINDIS CON WITOLD

Todo transcurría del siguiente modo: el pequeño Lucas jugaba con las avellanas sobre la alfombra mientras mi prima Andrea, tardía pero irreprochablemente convertida en madre, explicaba las ventajas comparativas de los pañales descartables y su esposo, el culeiforme Antonio, volvía a llenar las copas. Poco a poco Andrea iba ganando la atención de todos y las tías la auxiliaban con oportunas interrupciones, añadiendo anécdotas y recuerdos pañaleriles, de manera que el asunto de los pañales empezaba a cobrar asombrosas dimensiones y la conversación se pañalizaba irremediablemente, a pesar de los esfuerzos que hacía mi padre desde su rincón para proseguir con el relato de las peripecias en la Argentina de cierto escritor polaco que, por desgracia, sólo él conocía.

Igualmente, creo que en el fondo todos sentíamos alivio de que hubiera por fin un bebé en la familia porque ahora podíamos dejar la conversación a cargo de Andrea, que ya era toda una madre consumada, para que entre ella y las tías se ocuparan de que la charla fuese inofensiva y aseguraran, sobre todo, que no se discutiera de política, para que pudiéramos llegar sin sobresaltos al brindis de las doce.

Mi madre, convenientemente ubicada, vigilaba con disimulo el ir y venir de los platos y notaba con desesperación que su torta de ricota no había podido competir con la tarta de frutillas de la tía Carmen. Inesperadamente pródiga, trataba de convencernos a mi hermano y a mí de que comiésemos un poco más de la suya y sufría como si la estuviésemos traicionando cuando tía Carmen nos ponía en el plato, solícitamente, amorosamente, triunfalmente, más y más tarta de frutillas.

Confinada por su diabetes, la abuela, lejos de la mesa, contemplaba con desconsuelo el pan dulce distante y menguante, las tortas y garrapiñadas fuera de su alcance y roía con avara lentitud el único pedazo de turrón al que había condescendido la caridad de mis tías, mientras el viejo Mauro encendía la pipa y desde su silla de ruedas iba anunciando con la vista clavada en el reloj: *Ahora faltan siete minutos. Ahora faltan seis...*

Sólo Teresa estaba como fuera de sí: apenas podía disimular su rencor cuando miraba al pequeño Lucas. Tal fuera porque la criatura le hacía recordar que a los treinta y cuatro años, ella, infatigable en romances y amoríos, permanecía soltera, o quizá porque por primera vez nadie le prestaba atención, pese a que estaba más escotada todavía que el año anterior, aun cuando apelaba a todos sus tics de diva y cruzaba y descruzaba las piernas y cada tanto permitía que los breteles del vestido se deslizaran por sus hombros con promisoría negligencia. También yo había dejado de mirarla, en parte porque resultaba un poco deprimente el espectáculo de la belleza en retirada, los últimos arrestos del rimmel y el maquillaje; en parte porque ya había tenido ocasión de cerciorarme de que

también ella, después de todo, se había puesto corpiño, con lo cual perdían algo de interés los vaivenes de sus pechos, pero sobre todo, sobre todo, porque yo no podía quitar los ojos de mi primita Maite, oh Maite, Maite, sin poder creer todavía que fuera verdad que se había puesto de novia, pero sí, cuando el corcho golpeó en su silla alguien dijo candidato ya tiene y ella había enrojado y luego rió feliz, era cierto, bien cierto.

Así, digo, transcurría todo, cuando impensadamente Andrea dio por agotado el plácido tema de los pañales y empezó a discurrir acerca del... del... frenillo, sí, del frenillo del pequeño Lucas, pero no el frenillo del labio, no, no, sino del frenillo de la lengua, la pobre criatura no podía sacar bien la lengua, habría que operarlo más adelante. Imagínense, decía Andrea, cuando en primer grado los demás nenes le saquen la lengua y él no pueda contestarles. Todos nos imaginamos y nos reímos, el tema del frenillo también parecía inofensivo después de todo. Además, intervino tía Carmen, *puede tener dificultad para pronunciar algunas letras, la t por ejemplo. O la d*, añadió mi madre y hubo aquí un momento de silencio porque todos recorríamos aplicadamente el abecedario. Entonces, y sin que a nadie se le ocurriera impedirlo, Teresa levantó al pequeño Lucas con un canturreo: *A ver Lucas, Luquitas, qué pasa con su lengüita* y de pronto... empezó a suceder: Teresa sacó la lengua, su propia lengua, pero el pequeñín no quería imitarla, la boquita del nene seguía tercamente cerrada, la lengua de Teresa quedó allí, colgando, y era una lengua lasciva, una lengua de beso desafortado, que se contorsionaba con desparpajo, pero eso sólo fue el principio, porque enseguida acudió para convencer a la criatura la lengua amarillenta, estreñida, de Andrea, y luego la del culeiforme Antonio, que irrumpió de la boca con un mugido, pero no había modo, el pequeño Lucas no entendía qué querían de él y miraba absortos las bocas sucesivas, las lenguas que iban apareciendo una por una, hasta que estuvieron todas afuera, y entonces yo vi... yo pude ver... la lengua incauta, la lengua algo torpe de mi hermano menor y delante de él, al acecho, vi... vi... la lengua de la tía Carmen, que se curvaba como un índice, incitante, experta, ofreciendo algo que no era de ningún modo tarta de frutillas. Pero esto fue otra vez sólo el principio porque vi... lo que allí se revelaba sin disimulos, en las mismas narices de la maternal Andrea: que la lengua de su esposo, que la gruesa lengua del culeiforme Antonio y la lengua envilecida de Teresa no eran absolutamente extrañas; que, muy por el contrario, había una turbia concertación en aquellas lenguas que salían de ambas bocas al unísono, como burlándose de todos. y luego vi la lengua de la abuela, seca y correosa, y vi la lengua carcomida por el tabaco del viejo Mauro, y aunque quisiera no haber lo visto, vi que aquellas lenguas desenterradas parecían reconocerse después de años y años y se tendían obscenamente una a la otra y yo no quería mirar más, sobre todo no quería mirar la lengua de Maite, pero era imposible no verla, allí estaba, exhibiéndose desafiante frente a mí, oh Dios, era una lengua

inusitada, enorme, que contradecía con brutalidad su boquita diminuta, pero había algo mil veces peor: aquella lengua... aquella lengua... no tenía ya nada de inocente.

Y aún me sacudía esta última revelación cuando llegó el llanto providencial del pequeño Lucas. Todos rieron, las lenguas retornaron a las bocas, el viejo Mauro anunció las doce, se alzaron las copas, y entre los besos, primero que todos, vino el beso de Maite, suavísimo, muy tierno: insospechable.

BAILE EN EL MARCONE

Un sábado que caminaba por la calle Corrientes buscando a la mujer de mi vida, o alguna mujer, doblé por Pueyrredón para seguir a una morocha que taca-neaba lindo, zarandeando todo. La encaré en Plaza Once y resultó que la morocha cobraba. Cuando me dijo las tres tarifas sumé en la cabeza lo que tenía en los bolsillos, aunque sabía que era inútil. ¿Y con veinticinco, para qué me alcanza?, le pregunté. Compráte un chocolatín, me aconsejó, y cruzó por Rivadavia moviendo el culo todavía más, como hacen las mujeres cuando saben que uno las mira.

Estaba por volverme, pero al atravesar la plaza me llamaron la atención unas luces de colores en lo alto de un edificio viejo, de dos o tres pisos. Un baile, pensé. Baile en Once: levante. Y crucé la avenida. Tardé un poco en darme cuenta de que debía entrar por donde decía Hotel Marcón; el salón de baile estaba en el último piso del hotel y aparentemente sólo se podía llegar por un ascensor des-tartalado que venía bajando entre crujidos. El ascensorista indicó cuatro con la mano y entré con otros tres muchachos que tendrían mi edad y que venían juntos. Había uno que estaba peinado con raya al medio; mientras subíamos sacó un peine para emprolijársela frente al espejo.

-Dígame, jefe -le preguntó de pronto al ascensorista-, ¿no sabe si se puede entrar en pareja al hotel?

-Averigüe en la recepción -le contestó el ascensorista de mal modo.

-No, yo digo... -dijo el muchacho mirándonos a todos y como sonriéndose-. Así no hay que andar caminando para buscar telo.

Los dos que venían con él se rieron: la cosa prometía.

La entrada era damas gratis y caballeros nueve con cincuenta. Pagué con el único billete de diez que tenía y entré siguiendo a los muchachos. Apenas vi las mesitas y la orquesta pensé en volverme, decirle al tipo de la entrada, no sé, que me había equivocado de lugar. Había visto sobre todo las mujeres en las mesas. No es que fueran jovatas más o menos: eran viejas, directamente viejas, de pelos teñidos y caras como emplastos, con las tetas fruncidas desbordando por los escotes y la carne floja bajo los brazos. *Llegué justo, pensé, diez minutos más y estaban todas muertas.* Pero me pareció tan curioso el lugar, y nueve con cincuenta no era tanto, así que dejé mi campera en el guardarropa y me arimé a la pista entre las mesas para ver de cerca a la orquesta, que todavía se estaba preparando; y sí, era lo que me había temido, había un bandoneón sobre un banco: una orquesta de tango.

El pianista estaba dando la afinación y un viejito raquítico, que apenas podía sostener el contrabajo, le respondía con el arco un poco tembleque. Entraron el violinista y el del bandoneón y también se subió a la tarima un tipo teñido, con micrófono, porque era con cantante el asunto.

Arremetió con ese tango que empieza:

*Decí por Dios que me has dao
que estoy tan cambiao
no sé más quién soy...*

Una pareja apareció en la pista. El hombre tenía el pelo muy largo, una especie de melena que le llegaba casi a los hombros, parecía un Príncipe Valiente canoso y panzón, y la mujer, era rarísimo, tenía piernas de joven. Y no es que usara medias; era así nomás: casi pelada, con la cara arruinada de colorinches, el cuerpecito de vieja, pero las piernas milagrosamente a salvo, bien firmes, con los tobillos afilados, perfectos.

*Te vi pasar
tanguendo altanera
con un compás
tan hondo y sensual...*

Bailaban y uno se daba cuenta de que tenía que ser eso bailar el tango, nada de circo, ningún firulete, y sin embargo todos los estábamos mirando y ninguna otra pareja parecía animarse a salir.

Recién con el segundo tango se empezó a llenar la pista; yo me fui a la barra porque había visto allí a los muchachos de la entrada.

-Che, ¿puro tango es esto? -le pregunté al de raya al medio.

-Treinta y treinta -me explicó-. Treinta minutos de tango y después vienen "Los Internacionales": cumbia y rock. Y boleros.

-¿Y pibas más jóvenes no hay?

-Sí hay -se encogió de hombros y tomó un trago-, del otro lado de la pista, o allá, contra la ventana. Hay de todo. Pero mejor las viejitas -me dijo con una sonrisa sabedora-, con las viejitas vas derecho al sobre.

Pasé como pude al otro lado, bordeando las mesitas y esquivando a las parejas en la pista. El de raya al medio algo de razón tenía, vi dos o tres como la gente, sobre todo una rubia que estaba sentada sola en una mesa, un poco pasada también la rubia, pero con cada cosa en su lugar. Fumaba con los ojos perdidos en la pista y cantaba los tangos bajito, como si conociera todas las letras.

Yo me quedé parado un poco lejos, pero ni bien terminaron los tangos y anunciaron a "Los Internacionales" me fui acercando porque veía movimientos sospechosos por todos lados, hasta los tres de la entrada estaban rondando la mesa aquella. Y tal cual, me ganó de mano el de raya al medio, tuve que sacarle el sombrero, porque no esperó a que empezara la música, se acercó un segundo antes a pedirle fuego y nos dejó a todos pagando.

Y ya se sabe lo que es errar el primer tiro en un baile: empecé a ver con desesperación cómo se llenaba la pista; ahora sí salían todos a bailar.

*Se busca una compañera
que sea gorda, que sea flaca
que sea linda, que sea fea
eso no debe importar...*

Las parejas se armaban en un santiamén ahí delante mío y en la pista ya no cabía nadie más. Miré alrededor: casi todas las mesas estaban vacías, sólo había quedado la resaca. Empecé entonces a dar toda la vuelta al salón. "Los Internacionales" seguían con las cumbias dale que dale:

*Saca la mano Antonio
que mamá está en la cocina;
dame un beso Lupita
que tu papi no nos mira...*

Los pisos temblaban con los saltos de la gente y el revoque de las mujeres empezaba a ponerse brillante. Se armaban trencitos y algunos cantaban a los gritos el estribillo:

*Que si papá nos pesca
nos tendremos que casar...*

De pronto, contra uno de los ventanales, mirando hacia afuera, vi a una chica bajita, poquita cosa. Estaba de espaldas, así que no podía verle la cara. Pero bueno, pensé, no podía ser peor que lo que había quedado sin despachar. La cuestión es que me acerqué, le toqué el hombro y con la voz solemne y una reverencia bien exagerada, le dije mi frase mágica: ¿Me haría el honor, señorita, de concederme este baile? Cuando levanté la vista pensé: milagro; porque aunque aquel rincón estaba bastante oscuro, me di cuenta de que la petisita era una preciosura y que además se estaba sonriendo.

-Cumbias no bailo -me dijo, y volvió a ponerse seria, como si hubiera recordado de golpe que en realidad ella estaba enojada.

Ahí fue que "Los Internacionales" me salvaron, porque empezaron con *Mujer, si puedes tú con Dios hablar...*

-¿Y boleros? -le pregunté. Casi por deporte se lo pregunté porque si no había agarrado viaje con las movidas... Pero es cierto que con las mujeres nunca se sabe; lo pensó un segundo y empezó a caminar hacia la pista. Yo iba detrás, maravillado de mi buena suerte. Tuvimos que dar un montón de vueltas para en-

contrar un lugar que le gustara; aquí no, aquí tampoco, me iba diciendo, hasta que por fin se paró casi en el centro de la pista. Es que quiero estar cerca de mi amiga, me dijo, y me sonrió un poco, como para hacerse disculpar. Cuando la vi así, sonriendo bajo las luces, Carajo, pensé, *será posible*, porque por más pintura que se hubiera puesto era una nena, me di cuenta de que no podía tener más de quince, y cuando me alargó los bracitos y la agarré por la cintura tuve la sensación de que si la apretaba un poco se me iba a quebrar. Las luces se fueron bajando y alrededor de nosotros algunas parejas empezaron a besarse. Yo me sentía un poco estúpido bailando con esa pibita, pero bueno, la cosa estaba hecha, y era eso o la resaca, así que empecé a preguntarle, lo de siempre, se llamaba Mariana, o Mariana, no pude escuchar bien, y vivía en Caballito. Le pregunté entonces si era la primera vez que iba ahí.

-La primera y la última -me contestó, y supuse que se habría equivocado, como yo, pero no.

-Vine para acompañar a una amiga -me dijo-. Es aquélla de rojo. -Yo me di vuelta, vi solamente una espalda apresada por unas manos enormes.- Es más grande que yo, y bueno, quería venir acá... Pero nunca más -dijo como ofendida-. Mirá eso -y me señaló con los ojos a una vieja gordísima que bailaba con un muchacho de mi edad. El pibe trataba de besarla y la vieja, que tenía los ojitos casi cerrados, ni que sí ni que no, lo esquivaba moviendo la cabeza al compás de la música, y se sonreía pero con los labios siempre apretados, hasta que por fin se dejó un poco.

-Podría haber traído a mi abuela, que se quedó tejiéndome un pulóver -dije yo, pero ella no se rió, como si no me hubiese escuchado. Igual me caía simpática la petisita y tenía una forma de acurrucarse en mi pecho que bueno, cuando se prendieron las luces y paró la música para que se acomodara otra vez la orquesta de tango, la invité a tomar una Coca. Mientras íbamos a la barra la miré de nuevo: era linda de verdad con sus ojitos claros y el pelo largo y también tenía lo suyo, todo en miniatura pero bien puestito.

-Ahí viene mi amiga -dijo, apenas nos sentamos. Giré para verla: treinta y pico le calculé, pero estaba buena, tenía sobre todo unas tetas impresionantes.

Para tres Cocas, calculé también, *no me alcanza*.

-Cómo apretabas, eh -le dijo la petisita, y ella me sonrió a mí con esa sonrisa turra de las jovatas que se las quieren dar de pendejas. Aproveché para mirarle las tetas con toda franqueza.

-Ay, nena, si yo no aprieto; es que hay tanta gente -y soltó una risita falsa-. ¿A que no sabés con quién estoy bailando? -dijo-. Con el campeón de rock. Mirá, ahí viene. ¿Te acordás que te dije que aquí los domingos hay concursos de rock? Bueno, es el campeón. Pero también baila tango.

El campeón de rock tenía cara de camionero y los dos brazos tatuados. Le hizo una seña de lejos y ella nos sonrió, como disculpándose y volvió con él a la pista.

-Simpática tu amiga -dije-. Tiene lindos ojos.

La petisita se había quedado callada.

-Vos también tenés unos ojos hermosos -le dije y me acerqué un poco-.
¿Son verdes o celestes?

-Me cambian con la luz -dijo y volvió a mirar la pista.

*Te siento siempre aquí
estás clavada en mí
como un puñal en la carne...*

El pianista se entusiasmaba encorvado sobre las teclas y parecía que al cantante se le iba a abrir el pecho. Habían entrado de nuevo a la pista el Príncipe Valiente y la mujer de las piernas jóvenes.

-Esos dos -me dijo la petisita-, parece que vienen aquí desde que eran novios. Desde que eran novios -repitió como si no pudiese creerlo-. Y me contó mi amiga que no faltan ni un solo sábado.

-Qué, ¿tu amiga también viene siempre? -le pregunté.

-No, siempre no -dijo ella y miró entre las parejas hasta encontrarla; el campeón de rock la hacía girar lentamente sobre su pierna.

-¿No es un asco el tango? -dijo de repente.

-¿Un asco? ¿En qué sentido?

-Es... resbaladizo -dijo ella y arrugó la nariz-. No sé, es un asco.

-¿Cuántos años tenés? -le pregunté.

-¿Yo? Diecisiete -me dijo.

-O sea, catorce.

Ella se puso colorada, se rió y me dijo que sí. Catorce, pensé, está todo perdido. Miré la hora, ya eran casi las dos. Tampoco tenía plata: había gastado lo que me quedaba en las Coca Colas.

-Sos callado, eh -me dijo ella-. Callado pero inteligente, se nota: tenés cara de inteligente. Yo también soy callada, pero bueno, alguno tiene que hablar, ¿no?

Yo me reí porque la petisita ésta cada vez me gustaba más, pero ella creyó, supongo, que me estaba burlando.

-¿Soy muy tonta? ¿Te parezco muy tonta?

Le dije que no y le acomodé el pelo detrás de la oreja: eso nunca falla, no es una caricia todavía pero ya es más que las palabras. Ella tomó un sorbito de su Coca y dejó que le agarrase la mano. Y ahí sí, le empecé a hablar de cualquier cosa, me inventé una teoría complicadísima sobre las casualidades y el destino y los encuentros y desencuentros, estaba como inspirado, el verso me salía de corrido.

Entonces, cuando iba en lo mejor de la explicación, vi a una mujer que recién entraba, la vi de espalda, caminando al guardarropa, y pensé a ese culo yo lo conozco. Tal cual, era la morocha, la puta. Dejó el saco en el guardarropa y se vino derecho a la barra. Tanto la miraba yo que perdí el hilo de lo que decía, pero me di cuenta de que la petisita tampoco me escuchaba como antes, era como si estuviese pensando en otra cosa. Apenas acabó su Coca me pidió que la esperase, que tenía que decirle algo a su amiga, y fue a buscarla a la mesa donde estaba tomando cerveza con el campeón de rock. Cuando vi que las dos se iban juntas al baño me corrí un poco en la barra y me senté al lado de la morocha.

-Qué tal, tanto tiempo -le dije.

-Mi amor, qué linda sorpresa -me dijo ella con una gran sonrisa. Las putas son bárbaras.

-¿Qué andás haciendo por aquí? -le dije, tratando de mirar entre los botones de su blusa. No tenía corpiño.

-Qué curioso que sos -dijo y se tomó un sorbo de mi Coca-. Entro a las cinco a trabajar y como estaba muy cansada no quise volver a mi casa. Por si me quedaba dormida, ¿viste? Así que me vine acá, para hacer tiempo.

-¿Y en dónde trabajás? -le pregunté. Miré el reloj: eran las dos y media; todavía quién te dice, pensé.

-Ay, mi vida, no tenés que hacer tantas preguntas -me dijo, pero abrió su cartera y me dio una tarjetita: RELAX-COMPAÑÍA, decía, BAJOS ARANCELES, Y una dirección por ahí nomás, en Pueyrredón. De pronto sentí una mano sobre mi pierna.

-¿No me vas a invitar una copa? -me dijo-. Tengo la boca reseca. Tengo sed -y se pasó lentamente la lengua por los labios.

-Después -le dije, porque me acordé de que ya no tenía plata; además, había visto a la petisita, que había salido del baño y me estaba buscando. Dejé mi vaso en la barra. No sabía muy bien qué hacer-. Esperame un momento -le pedí.

En la tarima "Los Internacionales" volvían a probar los instrumentos. Arrancaron directamente con los boleros y las luces se fueron apagando hasta que la pista quedó por completo a oscuras. Vi al pasar que el de raya al medio le metía la lengua en la oreja a la rubia; ahora sí, por donde se mirara, todos estaban franeleando.

-Vamos a bailar -le dije a la petisita, y ella de nuevo lo mismo, que bueno, pero que quería estar cerca de su amiga.

Su amiga, su amiga, pensaba yo mientras entrábamos a la pista, y cuando me puso los bracitos en el cuello pensé que la puta no me iba a esperar toda la noche. La fui llevando hacia el centro lentamente, entre las parejas abrazadas que ya ni siquiera bailaban. Entonces los veo, veo primero al campeón de rock, la mano del campeón de rock que baja por la espalda poco a poco.

-Ahí la tenés a tu amiga -digo. La petisita se me suelta súbitamente y nos quedamos los dos mirando la mano esa que se prende en el culo, el culo que se acomoda.

La petisita estaba inmóvil, era como si no pudiese dejar de mirar.

-No bailo más -dijo de pronto, y se fue casi corriendo de la pista.

Claro, cómo no me di cuenta antes, pensé yo, si tenían los mismos ojos, la boca igual; pero bueno, quizá fuera mejor, después de todo: la morocha todavía estaba en la barra. Me apuré a volver.

-¿Me haría el honor, señorita, de concederme este baile? -le pregunté.

Ella me miró sonriente y cuando le hice la reverencia se estiró la blusa y se puso de pie. Bailar con una puta, no cualquiera, pensé, otra vez contento.

Mientras la iba siguiendo a la pista vi por última vez a la petisita contra un ventanal, mirando hacia afuera. Estaba de perfil. Cuando crezca un poco más, pensé, va a tener las tetas de la mamá.

LA VÍCTIMA

Me estará esperando, pensó Roberto mientras miraba a la gente que acomodaba sus bolsos en las gavetas del ómnibus. Las cosas parecían más tranquilizadoras con la luz sensata del día. Susana lo estaría esperando, y se pondría contenta cuando supiera que había sacrificado el examen. Todo se iba a arreglar.

Sacó del bolsillo la carta que ella le había enviado: *por primera vez estoy segura; lo nuestro no puede seguir*. No se decidió a releerla: sentía sobre todo miedo de sí mismo. *Lo nuestro no puede seguir*. Y sus faltas de ortografía, que sobresalían horriblemente. O ese final con nuncas y jamases. Pero Susana era lo único en su vida que había logrado poner a salvo. Pensó en el telegrama que le había enviado para anunciarle el viaje. Debió haber agregado eso quizá: que en toda su vida ella era lo único que había conseguido querer. Aunque era una de esas frases que no toleraba ver escritas; se lo diría, se lo diría apenas llegase.

Volvió a guardar la carta y buscó en el bolso el libro que había comprado para el viaje. Le habían dicho que Patricia Highsmith era mucho más que una escritora de policiales y que *La víctima* era su mejor novela. Mientras leía distraídamente la contratapa le vino a la memoria la discusión que había tenido una vez con Susana a causa de los libros. No puedo entender, le había dicho ella, que te pases las horas y horas leyendo. *¿Y vivir? ¿Vivir para cuándo?*

Había sentido la impaciencia secreta de siempre. Igualmente, intentó explicarle lo que significaban para él los libros: le había contado de la colección Robin Hood de su infancia y de los libros que había descubierto en la adolescencia. Se aventuró incluso a contarle algo que nunca antes le había dicho a nadie: que muchas veces él había recurrido a los héroes de las novelas; que en ocasiones, todavía, se dejaba aconsejar por ellos.

Susana lo había contemplado durante todo el tiempo con una mezcla de sospecha y ligero horror. Pero todo eso no es real, le había dicho. Él empezó a sentir esa irritación que, lo sabía, pronto se convertiría en algo más peligroso. No conozco tu definición de realidad, le respondió con aburrimento; era demasiado fácil derrotarla. Sea como sea, había dicho ella con aire de superioridad, yo prefiero vivir por mi cuenta y no a través de los libros. Aquello lo había sacado de quicio. Los imbatibles lugares comunes, las frases hechas, la sabiduría de saldos y retazos. Vivir por su cuenta. Ella no había entendido absolutamente nada. Había sentido que algo se afanaba dentro de sí, revolviendo en la memoria, en busca de una frase para exterminarla.

Vivir por su cuenta. El libre albedrío. Oscar Wilde, eso era: *"Vamos a visitar al imán, dijeron las limaduras de hierro"*. Finalmente no le había respondido: sabía que del desprecio no se vuelve.

Aquel día, sin embargo, no le había dicho toda la verdad acerca de los libros. Aún quedaba algo más. Él sentía, sobre todo, que el mundo de la literatura

era el único apropiado para él, un mundo donde la felicidad pronto se desdeñaba, donde ninguna dicha podía durar demasiado y la alegría estaba de inmediato bajo sospecha. Donde la crueldad no sólo era lícita sino también necesaria. *La fuente donde abrevaba el monstruo.*

El ómnibus partió a horario. El asiento a su lado había quedado vacío, de modo que podía estirarse cuanto quisiera. Abrió el libro apenas la ciudad quedó atrás; el paisaje le resultaba desoladoramente aburrido, como le ocurría con las cosas que conocía demasiado: desde que había enfermado la madre de Susana, y de esto hacía ya casi un año, realizaba aquel viaje dos veces por mes.

Pronto le resultó agradable el desdichado Peter. Peter estaba en la sala de primeros auxilios de un hospital; lo habían atacado para robarle y aunque él no se resistió, le habían cortado el rostro con una navaja. La enfermera que lo estaba curando trataba de consolarlo. *Sólo le quedará una pequeña cicatriz, le decía, y los hombres con cicatriz son mucho más interesantes.*

La enfermera era lo que Rip, uno de los compañeros de oficina de Peter, hubiera llamado "una linda hembra". Peter detestaba a Rip y también Roberto empezó a odiarlo: todos los días, más tarde o más temprano, Rip se ponía a hablar de mujeres. Y lo hacía solamente para incomodar a Peter, para burlarse de él, porque Peter era el único soltero en la oficina y nadie le conocía amoríos. Sin embargo, no era cierto lo que ellos pensaban, no era cierto que a Peter no le gustaran las mujeres. Sucedió simplemente que las mujeres que le gustaban estaban fuera de su alcance, eran las mujeres de diez mil dólares, las mujeres vestidas de lamé que descendían lánguidamente las escalinatas del teatro y que Peter apenas entreveía antes de que subieran al taxi; mujeres que nunca se fijarían en él, un pobre empleadillo de trescientos al mes.

Roberto empezó a admirar a Peter. ¿No podía tener las mujeres que quería? Pues muy bien, entonces no tendría ninguna.

Peter había denunciado el robo pero en la Jefatura de Policía no le dieron esperanzas; había miles de casos como el suyo y por lo que parecía cada vez habría más asaltantes.

Cómprese un revólver, le habían aconsejado, nosotros no damos abasto. Al día siguiente, al enfrentarse desprevenidamente con el espejo, Peter se había acordado de estas palabras. De algún modo le había cobrado afecto a esa cara insípida y un poco aniñada en la que no repararía ninguna mujer de diez mil dólares. Ahora le costaba trabajo reconocerse: el tajo en la mejilla le daba un aspecto patibulario, pero a la manera de los comics: algo ridículo, caricaturesco. Pensó en las burlas de Rip cuando volviera a la oficina. Rip gozaba inventando apodos. Sintió entonces una furia de la que no se creía capaz, una clase de cólera drástica, que no atendía razones, y esa misma tarde compró un 38 corto, de seis tiros. ... *y esa misma tarde compró un 38 corto, de seis tiros.* Así terminaba el primer capítulo. Roberto sintió que se adentraba en una tierra de nadie. Las fra-

ses más inocentes podían ser ahora significativas; las palabras tenían otro peso, otras resonancias. Ahora había un revólver de por medio y todo estaba bajo amenaza. ¿No era exactamente eso, según Chejov, lo que diferenciaba a la literatura de la realidad? Si hay un revólver, antes de las doscientas páginas el revólver disparará. Los personajes se aguzaban: nada de lo que harían, nada de lo que dirían, sería ya casual. Empezaba a asomar la verdadera historia y todo adquiría la palpitación del drama. La realidad encañonada, eso era la literatura. Levantó la vista del libro y se detuvo a escuchar las conversaciones a su alrededor. La mujer en el asiento de atrás, por ejemplo. Parloteaba con absoluta impunidad. Estaba describiendo su casa de veraneo y podía seguir hablando por horas, detenerse en cada azulejo del baño, en cada arabesco de cada azulejo, y daba lo mismo. O podía callarse de pronto y sería igual. También el paisaje era indiferente: los postes de teléfono se repetían con irritante exactitud, él podía empezar a contar postes y contar hasta cien mil: nadie lo interrumpiría. Y si faltara un poste, si hubiera de pronto un hueco, no significaría tampoco absolutamente nada, habría una explicación inmediata, obvia, un rayo, o un vendaval. En todo había la misma inconsciencia, la misma inutilidad, el ciego dejarse suceder de las cosas. Estaban ocurriendo así, pero podían ocurrir de cualquier otro modo. Podía quitar del medio las vacas y los postes, podía quitar los azulejos uno por uno, podía quitar a la mujer en el asiento de atrás, podía luego quitarse él mismo. Nada era necesario. Allí estaba, venciendo por todos lados, la realidad de Susana: la aplastante superioridad de lo gratuito.

Debido a su asma crónico, a Peter no lo habían alistado para Vietnam, de modo que la última vez que había tenido un arma en sus manos había sido probablemente a los nueve años, una pistola de juguete. Sin embargo, el revólver le resultaba extrañamente familiar y lejos de incomodarlo el nuevo peso en el bolsillo del saco se le ocurría una compañía grata y tranquilizadora. Pronto se dio cuenta de algo más inquietante: le sucedía lo mismo que a los detectives de las series, era como si el revólver formara parte de su vestimenta, no podía salir a la calle sin él.

La segunda sorpresa fue mucho más agradable. Le ocurrió cuando regresó al hospital a quitarse los puntos de sutura de la herida. Era un día de calor agobiante y Peter pudo darse cuenta de que esta vez la enfermera no llevaba nada debajo del uniforme. Cuando se inclinó sobre su rostro, alcanzó a ver un seno turgente, el reborde oscuro de un pezón, y de pronto, sin saber cómo, sin haberse lo propuesto, allí estaba su mano, su propia mano, enredándose en los botones. La enfermera lo había apartado suavemente, con una sonrisa indulgente. No parecía enojada y al irse del hospital Peter llevaba anotado su número de teléfono.

Roberto se sonrió. Él había tenido que luchar tres largos meses para desvestir a Susana. Tres meses de súplicas y humillaciones, de amenazas y asaltos frustrados. En las novelas nunca figuraban las mezquinas transacciones del amor. Hubo una tercera sorpresa. Esta vez fue en la oficina, cuando Rip quiso hacer una broma con su cicatriz. Mientras los demás reían Peter desenfundó el revólver. Todos enmudecieron y Peter pudo ver que estaban aterrorizados. Sobre todo Rip. Y aunque les había mostrado que el arma estaba descargada y les repitió que no sabía manejarla, algo más parecía amedrentarlos, porque siguieron mirando con recelo el revólver sin brillos bajo el tubo fluorescente, el cañón empavonado que no apuntaba a nadie.

Roberto sintió una extraña fascinación. Había sido ese adjetivo, estaba seguro: empavonado. Él no sabía el significado exacto y, por supuesto, jamás recurriría al diccionario: el diccionario sólo podía decepcionarlo. En las novelas, allí donde hubiera armas, allí aparecía de un modo u otro ese adjetivo, que poco a poco había adquirido para él un significado lleno de amenazas. Un arma empavonada indefectiblemente mataba. Pero en el diccionario, "empavonado" sería una palabra mucho menos peligrosa, o, peor aún, significaría algo completamente distinto.

En la ruta un raudo cartel indicó que faltaban 90 km. Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar la angustia del día anterior, su decisión de viajar, el telegrama. Todo aquello le parecía curiosamente remoto, como si en algún momento se hubiese cortado un hilo que daba sentido al viaje. No podía acordarse siquiera la frase que había pensado decirle a Susana al llegar; fuera cual fuese, estaba seguro de que ahora le sonaría ridícula. Trató de imaginar a Susana esperándolo en la estación, pero su cara se deshacía y una y otra vez se interponían los senos turgentes de la enfermera, el pezón oscuro y huidizo. Los pezones de Susana eran tenues, apenas rosados. Cuando finalmente la vio desnuda, Roberto había sentido alegría y a la vez desazón. Sus pechos no eran grandes, claro, pero tampoco tan pequeños como él había temido. El desencanto era más difícil de explicar, pero le sucedía siempre que se le manifestaba lo desconocido, que accedía a lo inaccesible. Los ideales y las mujeres deseadas, ¡ay!, se alcanzan. Sí, tal vez fuera eso. Allí estaba Susana, por fin desnuda, y era un cuerpo hermoso, pero no habría nada más. Así eran sus pechos y no serían ya de ningún otro modo. Que su desnudez fuera tan definitiva, que la verdad fuese lacónica como el diccionario, era eso lo que lo descorazonaba.

Volvió a hundirse en la lectura y reencontró a Peter en un polígono de tiro: había decidido aprender a manejar el revólver. El instructor le estaba indicando cómo calibrar la puntería. Peter, que durante su adolescencia había sido el último en todos los deportes, sintió la curiosa sensación de que aquello no le sería difícil. Miró fijamente la silueta de cartón a treinta metros, extendió el brazo con confianza y disparó los seis tiros. Y mientras se aproximaba la silueta destrozada, mientras el instructor lo miraba con asombro, porque todos los disparos habían

dado en el blanco, mientras recordaba los rostros aterrados de sus compañeros en la oficina, comprendió, con esa súbita claridad con que irrumpe la verdad cuando es terrible, que él, Peter Arthur Jones, era en realidad un asesino. Que así como otros nacían para la música o para los negocios, él había nacido para matar.

Roberto se sobresaltó. ¡Lo entendía! Lo entendía perfectamente; muchas veces él también había pensado cosas así.

Con el correr de los días aquella revelación que a Peter lo había sobrecogido de espanto, esa convicción profunda que nunca supo de dónde provenía, se fue transformando primero en resignación y luego en mandato. El revólver sobre la mesa, con sólo estar allí, daba una orden que Peter trataba en vano de desoír. Si era un asesino, debía asesinar.

Roberto se daba cuenta de que no podía sustraerse a la lógica malsana del relato. El libro contaminaba. A su alrededor los demás pasajeros dormitaban; el ómnibus avanzaba por la ruta acompasando las respiraciones. Miró por la ventanilla. El sol ya no estaba; sólo había en el cielo esa última claridad indefensa antes de la noche.

Empezó el tercer capítulo. Peter estaba confeccionando una lista de la gente que más odiaba. En primer lugar figuraba Rip, por supuesto; luego su jefe, luego su vecina, que sufría de insomnio y se dedicaba a correr muebles de madrugada. Por fin, tras un momento de duda, anotó también el nombre de una antigua profesora suya. No estaba seguro de que todavía la odiara, pero bueno, por culpa de ella había repetido un año. Releyó los nombres uno por uno y rompió la lista. No servía. Matar lo que se odia le parecía menos que un asesinato. Un asesino debía matar sin atenuantes. Pero entonces, ¿a quién? ¿Al primero que pasara? No, tampoco podía ser eso, era demasiado arbitrario: no se resignaba a que el azar menoscabara su asesinato. ¿A quién?, se preguntaba Peter, contemplando día tras día el revólver que lo acuciaba, hasta que una noche, mientras limpiaba el tambor y volvía a colocar las balas, la respuesta vino por sí sola, con el seco chasquido del giro. Bastaba ir un paso más allá: así como otros nacían para la música o para los negocios, así como él había nacido para matar, así también otros habrían nacido para convertirse en víctimas. Peter sintió un secreto regocijo. Eso era: si había asesinos como él, también debía haber víctimas.

Roberto advirtió que estaban llegando. No podría terminar el capítulo. Miró la hora: las siete y cuarto; sus compañeros estarían entregando el examen. Los demás pasajeros empezaban a bajar los bolsos a los asientos y algunas mujeres abrían espejitos para retocarse el peinado. El ómnibus entró en la estación lentamente, con un resoplido desganado.

Susana estaba allí. Roberto la vio de inmediato. Se había puesto el vestido rojo, que era el que a él más le gustaba. De modo que *estaba*, esperándolo. Vio su sonrisa impaciente, sus ojos inquietos buscándolo entre los que descendían pri-

mero. Si no se mostrara tan ansiosa, tan desprevenida, tan feliz. Si tan solo no se hubiera puesto el vestido rojo, si hubiera evitado al menos ese pequeño gesto de devoción. Pero el monstruo había sorbido demasiado y ahora, ya era irremediable. Cerró el libro, señalando la página con cuidado, y le cedió el paso gentilmente a una señora que avanzaba por el pasillo. Él no tenía apuro por bajar.

EL RECUPERATORIO

En 1984 yo tenía veintitrés años y estaba preparando mi tesis de Magister en Matemática, que se titulaba "Sobre las lógicas tetraedrales y pseudocomplementadas de Lukasiewicz", título éste que por alguna razón causaba mucha gracia a mis amigos. Alquilaba un departamento pequeño en Congreso y aunque frecuentemente omitía la cena, con el dinero que recibía como becario a duras penas llegaba a fin de mes. Por ese motivo había aceptado una ayudantía en la Facultad de Ciencias, en una materia de Lógica. Este sueldo adicional me alcanzaba para pagar el abono al Mozarteum, comprar algún libro e ir al cine dos veces por mes. Daba clases en el horario nocturno y mis alumnos tenían la misma edad que yo, si no eran, en muchos casos, mayores.

Enseñar me entusiasmaba. Más aún, me proporcionaba una satisfacción secreta, hasta entonces desconocida para mí; yo era -soy- algo tímido, pero había descubierto que subido a la tarima, con la tiza en la mano, me transformaba en otra persona. Adquiría una elocuencia imprevista y podía explicar las fórmulas más arduas con un fervor ligero y sonriente, que se contagiaba a mis alumnos. Con asombro y algo de orgullo advertía que era capaz de maravillarlos con las paradojas de Cantor y Russell, o mantenerlos en vilo en medio de una demostración, en el instante de incertidumbre que media entre la hipótesis y la tesis, y hasta hacerlos reír a veces, con uno de esos chistes abstrusos que sólo entienden los matemáticos. Me sentía, por primera vez, cautivador.

Había sin embargo entre mis alumnos una chica que no se dejaba seducir. Esta chica, que tenía un apellido impronunciable, no faltaba nunca y se sentaba invariablemente en la última fila, en uno de los rincones. Era muy hermosa, aunque daba la impresión de no consentir su belleza: raramente se pintaba e iba siempre vestida con una sencillez que parecía deliberada, como si quisiera evitar que la mirasen.

Tomaba sus notas con aplicación, pero pronto sospeché que no entendía demasiado. Era evidente, sobre todo, que no le interesaba una palabra de cuanto se decía en el curso. Se limitaba a copiar lo que estaba escrito en el pizarrón y cada vez que yo intentaba un comentario fuera de programa, alguna observación que se me ocurría interesante, sentía desde aquel rincón un silencio resignado, desatento, que a veces lograba descorazonarme. Apenas sonreía con mis bromas y consultaba su reloj con frecuencia, como si permanecer en clase fuese para ella una obligación penosa, que de todos modos no podía eludir.

Sin embargo, lejos de irritarme, esta chica me conmovía. Había algo patético, desigual, en esa resistencia callada, y cada vez que yo daba una nueva definición, cada vez que repetía una explicación y los demás asentían con la cabeza, tenía la sensación de que la íbamos dejando más y más sola.

Tomaba el mismo colectivo que yo para regresar de la Facultad. Viajábamos sin hablar, prudentemente distanciados; yo descendía primero, en Rodríguez Peña y Rivadavia, y recuerdo que nunca podía resolver el problema, seguramente trivial, de si debía saludarla al bajar o no.

Cuando llegó el primer parcial pude darme cuenta de que era muy orgullosa. El examen era algo difícil y los demás alumnos me llamaban continuamente para tratar de sonsacarme algún indicio, una pista que los ayudara a resolver uno u otro ejercicio. Ella no. Los nervios la iban consumiendo a medida que pasaba el tiempo, pero durante las cuatro horas no levantó la vista de sus hojas. Finalmente, cuando entregó su examen, vi que sólo había empezado el primer ejercicio.

El tiempo fue pasando pronto para mí. Estaba adelantando bastante con la tesis y entre los papeles revueltos, inmerso en los borradores, empezaba a invadirme esa euforia solitaria, incomunicable, de los matemáticos: aquello que escribía, que era casi incomprensible, era a la vez absolutamente cierto. Fue en aquel cuatrimestre también que ahorrando el cine de dos meses logré comprar una biblioteca de caña, en la que convivieron estrechamente Gramsci con los Piskunov, el Rey Pastor con Gombrowicz y el Principia Mathematica con las ofertas polvorientas de la calle Corrientes. No recuerdo ningún otro suceso particular. Era feliz: la felicidad no precisa demasiados motivos.

El curso proseguía sin sobresaltos. Cuando hablé de los teoremas de incompletitud pude ver cómo iba asomando el desconcierto en todas las caras y luego el asombro, temeroso, casi reverencial. Miré de soslayo a mi alumna: ni siquiera aquello, ni siquiera Gödel, había logrado sacarla de su mutismo. Me sorprendía un poco que siguiera asistiendo a clase; ahora estaba convencido de que debía sufrir durante esas dos horas.

Llegó el segundo parcial y aunque fue más fácil que el anterior, ella no entregó su examen. Desde la tarima la vi borrar papeles, morder nerviosamente la punta del lápiz, debatirse inútilmente; ni una sola vez pidió auxilio. Cuando expiraba el plazo y el aula estaba casi vacía, guardó lentamente las cosas en su mochila y se fue. Yo recogí los últimos exámenes y salí un instante después. La encontré en la parada del colectivo.

Hacía frío, era de noche, y éramos las únicas dos personas esperando el 37, de modo que debía hablarle. Pero ya no estábamos en clase y yo me sentía de nuevo tímido, torpe. Ella tiritaba y era una chica hermosa y triste.

-No entregaste -le dije con una severidad fingida, apuntándola con el índice.

Sonrió levemente, sin decir nada, y se subió el cuello del abrigo. En ese momento apareció el colectivo, que venía casi vacío. Ella subió primero y mientras yo pagaba mi boleto pude ver que dudaba entre las dos filas de asientos. Final-

mente eligió uno doble. Me fui a sentar a su lado. Hubo un silencio indeciso, que amenazaba prolongarse.

-Esta vez -dije- no fue tan difícil el examen.

-Sí -respondió ella con amargura-. Eso comentaban los demás.

-Y a vos -le pregunté con suavidad-. ¿Qué es lo que te pasa?

Clavó los ojos en los dibujitos de su mochila.

-No me gusta -dijo en voz baja.

-No te gusta... ¿qué? ¿La Lógica, la carrera, la Facultad? Yo sonreía para animarla. Ella alzó lentamente los ojos; había en su cara una expresión grave.

-No me gusta nada -dijo.

Había hablado con un tono absolutamente firme. Me quedé desconcertado, mirándola con incredulidad.

-Pero nada... no puede ser, algo tiene que haber -me encontré diciendo-. ¿No pensaste por ejemplo en cambiar de carrera? Una carrera humanística tal vez, Letras, Psicología, algo así.

-No; no me gusta nada -volvió a decir con el mismo tono. Me esforcé en pensar, pero era curioso: no había demasiado para sugerirle.

-¿Y alguna actividad artística? -intenté-. Pintura, o teatro.

Negó maquinalmente con la cabeza, como si hubiera hecho muchas veces esa misma lista.

-O un deporte si no; ¿no te gustan los deportes?

-No, no me gusta nada -repitió por tercera vez.

-Bueno -le dije, sin poder evitarlo-, entonces sólo te va quedando el matrimonio.

Vi pasar por sus ojos una sombra dolorida, como si hubiese recibido un golpe desde un lugar inesperado. Apartó la cara y miró por la ventanilla.

Tuve entonces una especie de vértigo: el colectivo bordeaba los lagos, no habíamos llegado todavía a Plaza Italia, y sin embargo yo había alzado ya delante de esa chica los pocos andamiajes con que se puede apuntalar una vida y ella, con esas cuatro palabras, con esa pequeña frase tercamente repetida, los había derribado uno tras otro. Se me revelaba bruscamente la secreta fragilidad de todas las cosas, como si conformaran una escenografía que yo había mirado siempre a la distancia y de pronto alguien me mostrara de cerca el cartón pintado, las torpes siluetas sin espesor.

Vi que el colectivo doblaba en la avenida y me levanté. Sólo sabía que quería bajarme. A mí me gustaban los libros y la música; me gustaba el cine, la matemática.

-Me tengo que bajar aquí -le dije.

Ella me miró con un poco de sorpresa y otra vez creí ver la sombra de un dolor: tal vez supiera que ésa no era mi parada. Pero yo ya estaba de pie.

-El recuperatorio no va a ser difícil -le dije-. Estudiás bien el teorema de Rice y te presentás al primer turno, ¿sí?

Asintió con un gesto y pude ver, antes de bajar, que volvía a mirar de esa forma ausente por la ventanilla.

Fue en esos días que me ofrecieron un cargo de profesor en La Plata, con casi el doble de sueldo. Acepté de inmediato, por supuesto. De esa chica no supe más nada.

DELEITES Y SOBRESALTOS DE LA SOMBRERIDAD

A Liliana Heker

No hace mucho tuve que ir a una dependencia pública en la calle Bacacay para pagar un impuesto que había vencido. Como era la primera vez que me ocurría algo así, me dirigí a la mesa de Informes y le tendí mi boleta a un viejito que estaba algo adormilado y que pareció alegrarse al verme.

-A ver joven, jovencito, jovenzuelo... -Sacó del bolsillo unos lentes redondos y estudió la fecha con detenimiento:

-¡Veinte días! -dijo-. ¡Veinte días de atraso! -repitió con una sonrisa de satisfacción-. Eso está muy mal, caballero. Muy, muy mal. En castigo, a la fila de la derecha, que es la más larga.

En realidad, las dos filas eran larguísimas. Desembocaban en un mostrador, que parecía más bien un tablón de madera, donde dos empleados cortaban las boletas y les ponían un sello. A simple vista se advertía que el empleado de mi fila era, por lo menos, un bruto. No sólo por la cara, que parecía la de un sparring mal golpeado, con los ojos estúpidos y pendencieros; había también una especie de resentimiento, como un odio de animal enjaulado, en su forma de trabajar. Rasgaba las boletas ferozmente con un cortapapeles que en sus manos hacía recordar a un puñal y cada sello resonaba como el martillazo que hundiría por fin la madera.

Milagros de la civilización, pensé, haber conseguido ponerle saco y corbata a esta bestia peluda. Porque, en efecto, tenía pelos por todos lados, le brotaban allí donde la ropa dejaba el mínimo resquicio de piel.

Mientras estaba entretenido en estos pensamientos sarmientinos, vi de pronto, en la fila de la izquierda, a la chica del sombrerito, que recién había llegado.

Yo no soy de éstos que miran groseramente a las mujeres y sin embargo me quedé largo rato contemplándola. No podría decir qué había de particular en esa chica, más allá de aquel sombrerito incongruente. Tenía cierta gracia vulgar, que no llegaba a ser belleza, un rostro de éstos en los que no se repara a menos que uno esté en una sala de espera o, justamente, en una fila de impuestos. No parecía haber tampoco en su cuerpo abultamientos dignos de ser admirados; y con todo, cuando hacía mucho ya que no había más que ver, yo seguía mirándola. Ella, por su parte, dejaba pasear la vista en torno, pero evitaba cuidadosamente encontrar mi mirada, con esa maestría que tienen las mujeres cuando se saben observadas y que sólo superan los mozos en el restaurante. Esto me irritaba un poco, porque después de todo, como dije, yo no me hubiera fijado en ella si no fuera porque no tenía nada para leer y todas las demás mujeres eran, o viejitas del PAMI, o matronas irrecuperables, pero cada vez que me proponía desviar la vista

allí estaba ese sombrerito nocturno, inexplicable, ese sombrerito que sobresalía con arrogancia entre las demás cabezas de mujeres, donde había a lo sumo pañuelos ocultando ruleros.

Al fin, fue el estruendo del sello lo que me hizo apartar la vista. Mecánicamente intenté dar un paso adelante, pero advertí entonces que algo andaba mal: nadie se había movido. Peor aún, todas las cabezas, absolutamente todas, estaban vueltas hacia mí, mirándome. Me quedé por un momento paralizado, sin saber qué hacer. Vigilé con disimulo mi bragueta, que estaba en orden, y me aseguré con otro vistazo que no hubiera en mi ropa ningún desarreglo fatal. Pero cuando terminé la inspección, todos seguían en suspenso, mirándome cada vez más fijo. Todos salvo la chica del sombrerito, que parecía no darse cuenta de nada, completamente ajena en su sombreréz. Una señora me señaló furtivamente mientras le decía a su hijito algo al oído y también la criatura me clavó los ojos de una manera intolerable, al mismo tiempo que se iba alzando un rumor cada vez más impaciente, que no parecía salir de ninguna boca, y que sin embargo crecía y crecía.

-¡Muchacho! ¡Muchachín! -escuché de pronto. Era el viejito de la mesa de Informes, que me hacía señas. Dejé mi lugar en la fila y volví hacia allí, seguido de cerca por aquellas miradas.

-Lo que ocurre -me dijo en voz baja- es que tiene que ponerse usted sombrero.

-¿Sombrero? ¿Sombrero? -Yo no estaba seguro de haber escuchado bien.

-Sombrero, sí -hizo un círculo impaciente sobre su cabeza-. ¿Dónde está su sombrero?

-Pero si nadie tiene sombrero... -empecé-. No tengo sombrero. Nunca tuve sombrero. -y agregué con la voz más firme que pude:- Es absurdo: nadie usa ya sombrero.

Miré hacia atrás con sobresalto. Se había levantado una ola de comentarios enfurecidos y algunas miradas eran ya francamente amenazadoras.

-Así que nadie usa ya sombrero -explotó el viejo-. ¡Veinte días de atraso! ¡Veinte días! Y el señorito me viene con una cuestión de modas. Acabemos de una vez -dijo, en un tono inapelable-. ¿Va usted a ponerse sombrero o no?

Sentí a mis espaldas uno de esos silencios precarios, de turba a duras penas contenida. Era imposible decir que no.

-Pero... ¿y dónde conseguir ahora un sombrero? -pregunté-. Yo por aquí no conozco las tiendas... Además, no quisiera perder mi lugar en la fila.

Noté que el viejo se iba apaciguando y que volvía a sonreírme.

-Pero hijo -me interrumpió-, por eso no se preocupe: mire usted -y con un ademán de prestidigitador sacó de su escritorio y puso sobre la mesa una pila prodigiosa de sombreros embutidos unos en otros, que milagrosamente se mantenía en equilibrio.

-Qué me dice, eh -y empezó a desarmar fa pila con un entusiasmo casi infantil-, un Guillermo Tell, un sombrero hongo, muy elegante; y éste: un Humphrey Bogart. O si no, el funji de compadrito, qué le parece... Mire, mire: una galera. y todos baratitos.

Recorrí con la vista, un poco inseguro, los sombreros desparramados sobre la mesa. Finalmente elegí el que me pareció más sobrio, un sombrero verde oscuro, afelpado, muy distinguido.

-No está mal-dijo el viejito-. Es un sombrero... prudente. Yo lo hacía girar, todavía con desconfianza, y lo di vuelta varias veces para mirarlo por dentro.

-No se preocupe: está muy bien terminado, con todas las costuras reforzadas. Y el fieltro es escocés -la voz del viejo tenía esa ansiedad de vendedor temeroso de fallas de último momento-. *Bueno, éva a ponérselo de una vez?*

Me lo coloqué, con resignación. Nunca me había sentido tan ridículo. No sabía siquiera si era así como se usaba.

-Excelente -dijo el viejo-. ¿Quiere un espejo?

Me negué, bruscamente. Saqué el dinero para pagarle y me pareció que esto me daba derecho a una pregunta.

-Y los demás, ¿por qué ninguno tiene sombrero?

El viejo se guardó el billete y empezó a armar de nuevo la pila. Se escuchó entonces el golpe del sello. Me di vuelta: todos estaban otra vez ausentes, esperando el turno con la mirada distraída, como corresponde a gente que hace una cola, y aquella criaturita monstruosa estaba ahora llorando de una manera completamente normal.

-Vuelva a la fila, m'hijito -me dijo el viejo con suavidad-, o va a perder su lugar.

Me ubiqué en mi sitio, con aquella cosa verde sobre mi cabeza. No dejaba de sorprenderme que nadie reparase en mí. Entonces, al toparme de nuevo con la chica del sombrero, sentí otra vez, sí, esa curiosa atracción que casi a disgusto me hacía mirarla, pero ahora, ¡ahora era todo distinto! Ahora que yo también tenía sombrero se empezaba a inducir entre nosotros, entre mi sombrero y su sombrero, una especie de sombreridad, una sombreridad que sin dudas, ella también percibía. No es que me mirase, no. Estaba más adelantada en su fila que yo y para mirarme hubiera debido girar la cabeza de un modo demasiado comprometido. Pero había ahora ante la mirada mía un consentimiento tan claro como clara había sido antes su indiferencia, y cuando se acomodó su sombrero, con un gesto absolutamente innecesario, supe que ese gesto me estaba destinado.

Entonces ocurrió otra cosa: el empleado de su fila, que debía ser un aprendiz, se demoró increíblemente con una boleta y yo empecé a ver con aprensión cómo avanzaba mi fila al redoble de los sellos, y cómo, poco a poco, ese movimiento de ciempiés me iba empujando hacia la chica. Así, sin poder evitarlo, me encontré en un momento al lado de ella. Las filas estaban muy próximas y yo, por su-

puesto, sentía una terrible incomodidad por haber estado mirándola de un modo tan desconsiderado. Por todos los medios traté de no alzar la vista. Pero esto era bastante difícil, no sólo por aquel sombrerito, no sólo porque estábamos tan cerca, sino también, sino sobre todo, iporque ahora era ella la que me miraba a mí! Y me miraba con una insistencia tan acuciante, tan rotunda, que al fin volví a mirarla yo también. Entonces, por un buen rato, nos quedamos mirándonos estúpidamente el uno al otro, hasta que ella exclamó, como si no pudiera contenerse:

-Usted... itiene un sombrero! -Pero no lo dijo con sorpresa y mucho menos en son de burla, sino con verdadera admiración, tanta que empecé a sentir un poco de orgullo por mi sombrero.

-Sí, en efecto -respondí, tocándolo levemente-. Y el fieltro es escocés.

-No diga, yo tengo un tío en Escocia -dijo, sin dejar de miramos a mí y a mi sombrero con esa fijeza maravillada que, a decir verdad, empezaba a impacientarme.

-Perdóneme -dijo de pronto, bajando la vista con vergüenza-, pero es tan increíble. Es tal cual decía mi horóscopo. Encuentro imprevisto con un sombrero. ¡Y mi color del día es el verde! ¿Usted cree en los horóscopos?

-Yo creo en las estadísticas -respondí-; soy Físico Estadístico.

-Las estadísticas, por supuesto -dijo ella-. Yo también. Yo no creo ni en los parapsicólogos ni en el Tarot ni nada de eso. Pero en los horóscopos sí. Porque la Astrología es pura estadística: estadística y Física Interplanetaria. -Me miró sonriente, como si estuviéramos de nuevo los dos del mismo bando. Esperaba, supongo, alguna aprobación de mi parte. Afortunadamente, en ese momento su fila avanzó un poco, por lo que pude librarme de responder nada.

Advertí entonces que la Bestia Peluda se había quedado con el sello en alto, mirando también a la muchacha. Era una mirada, no puedo decirlo de otro modo, francamente genital. Cuando por fin descargó el sello tuve por un momento, mientras avanzaba de nuevo hacia ella, un sentimiento protector, pero esto duró sólo un instante, porque vi que me estaba esperando con una sonrisa insufrible, una de esas sonrisas dispuestas a decir que sí a todo, a estar de acuerdo, absolutamente de acuerdo, con cualquier cosa que yo dijera. Decidí dejarla hablar.

-¿Y qué más decía su horóscopo? -pregunté, por preguntar algo: la otra alternativa, supongo, era el tío en Escocia.

-Decía... -vi que se ruborizaba-. Ah, eso no se lo voy a decir -y se rió un poco.

Había mirado al suelo, pero de pronto alzó los ojos y hubo por un momento en aquella cara tan perfectamente enmarcada por el sombrerito una gracia irresistible, esa atracción desconcertante que tiene a veces lo vulgar, la misma que hace que uno termine cantando bajo la ducha, en vez de las arias de *Glück*, la última canción de *Las Primas*.

-Usted debe ser un Tauro -la escuché decir.

Esto me irritó doblemente, en parte porque odio aceptar que conozco mi signo (así como odio saber las funciones del aparato digestivo, o el nombre de ciertos artistas de televisión), pero también, creo, porque ella había acertado. Por supuesto, la probabilidad de éxito, 1 en 12, era comparativamente grande, pero lo sentí, de todos modos, como una falta de respeto al Azar.

Reconocí ser, efectivamente, de Tauro.

-Yo sabía, estaba segura -dijo ella con una gran sonrisa de triunfo, lo que me irritó aún más, y aprovechando su pequeña victoria, empezó a impartirme toda una lección acerca de mi personalidad taurina. Las dos filas avanzaban ahora con bastante sincronización, lo que le permitió a ella seguir recorriendo por orden el resto del Zodíaco.

Yo sentía todo el tiempo la misma sensación: los rasgos de esa chica, su charla, ese entusiasmo pueril con que me revelaba su módica ciencia, todo en ella era vulgar, vulgar hasta la exasperación, y sin embargo, una y otra vez aquel sombrerito la ponía milagrosamente a salvo y yo la seguía escuchando con la esperanza inútil, pero nunca del todo desterrada, de que de pronto algún gesto imprevisto, una mirada, si no de inteligencia al menos de ironía, una palabra en galés aunque más no fuera, me revelara que lo verdadero en ella era el sombrerito, que todo lo demás era una impostura, un papel lamentable que le había tocado representar.

-Ahora le toca adivinar a usted -dijo ella interrumpiéndose de pronto.

Hacía mucho que yo había perdido el hilo de la conversación, y por otro lado, como creo haber dicho, odio casi profesionalmente cualquier clase de adivinación, de modo que puse una adecuada cara de ignorancia y me limité a esperar.

-Ah, y sin embargo es tan fácil -dijo ella como una maestría indulgente-. Soy una sagitariana típica, no lo puedo disimular. ¿No se dio cuenta todavía? Soñadora, sensible: siempre lloro en el cine. Y sobre todo muy, muy impulsiva. Fíjese -siguió-, Tauro y Sagitario. ¿No es increíble? Extremos opuestos del Zodíaco -dijo con voz misteriosa-. ¿Sabe qué significa eso?

-¿Que tenemos poco en común? -intenté sin muchas esperanzas. Se aproximó negando con la cabeza, como si fuera a decírmelo al oído. Puso una mano sobre mi brazo.

-Complemento -dijo, como si hubiera pronunciado una palabra mágica. Su mano, según pude observar, era curiosamente infantil, con la uñas todas mordisqueadas. La retiró poco a poco, sin dejar de mirarme. En ese momento escuché una tos impaciente a mis espaldas: era mi turno.

Avancé un paso y extendí mi boleta. La Bestia me miró impasible, sin hacer el mínimo gesto para recibirla.

-Ese sombrero -dijo-, no va. ¡El siguiente!

Me quedé por un instante desconcertado. Me había olvidado por completo del sombrero. Pero estaba allí, sin duda sobre mi cabeza. Lo acomodé un poco y el

roce suave de la felpa, o recordar quizá que el fieltro era escocés, me dio el ánimo suficiente para quedarme plantado, sin moverme de mi sitio.

-Un momento, por favor -traté de hablar con la mayor urbanidad posible-. Me podría decir, señor, ¿por qué motivo mi sombrero "no va"?

La Bestia me miró como dudando de que valiera la pena tomarse el esfuerzo de responder.

-Porque lo digo yo. ¿Te alcanza? ¡El siguiente! -volvió a gritar con todo su vozarrón.

Me di vuelta, buscando en vano alguna solidaridad o consuelo. Únicamente la chica del sombrerito me miraba, pero con una especie de compasión que no ayudaba mucho. Recordé entonces que después de todo ella había admirado mi sombrero y reuniendo todas mis fuerzas conseguí volver a hablar:

-Muy señor mío -empecé, y a mí mismo me sorprendió el tono digno y mesurado de mi voz. Además, nunca había empezado una frase de manera tan perfecta. Se hizo un gran silencio a mi alrededor que impensadamente, en vez de amilanarme, me dio nuevos ánimos.

-Muy señor mío -repetí, para tomar aliento y porque me encantaba aquel principio; ya continuación empecé a enumerar mis derechos de ciudadano, y en el mismo impulso de elocuencia me remonté a la teoría del Derecho de Rousseau y luego al antiguo Derecho Canónico. Hablé de la res pública y de la Constitución, sin olvidar ninguna de las reglas de un buen discurso. Sentía crecer en mí esa serena firmeza que sólo da un auditorio cautivado. Me daba cuenta, además, de que la chica del sombrerito me miraba cada vez con mayor admiración. Una admiración vulgar, por supuesto, pero que igualmente me complacía, como debe complacer a un concertista, supongo, el aplauso del público, aún del menos conocedor. La estocada decisiva, de acuerdo al arte de la Retórica, la reservé para el final:

-Ahora bien, señor -dije con majestad-, si usted persiste en esta actitud tan palmariamente contraria a toda norma y derecho -y aquí hice una pausa significativa- *me veré en la obligación de solicitarle el Libro de Quejas.*

La Bestia se revolvió con furia. Por un momento me pareció que se abalanzaría sobre mí para golpearme y por instinto me aparté un poco del mostrador. Pero inesperadamente una pequeña luz de inteligencia se asomó en la cara de este energúmeno y un razonamiento trabajoso pareció aplacarlo.

-Libro de Quejas, eh. -La voz sonó calma, pero había ahora en su cara esa expresión de astucia que aparece de vez en cuando aún en las personas más brutas y que por infrecuente resulta casi siempre peligrosa. Asió con suavidad el cortapapeles y rasgó prolijamente mi boleta. Luego empapó de tinta el sello y lo estampó con sumo cuidado al pie, como si estuviera poniendo su firma en un papel importante.

-Servido, su señoría -dijo, extendiéndome la boleta con una especie de reverencia que, me di cuenta, era de burla.

¿Por qué no me fui entonces? ¿Por qué volví junto a la chica del sombrerito? ¿Por el arrobamiento con que me miró regresar en triunfo de esta pequeña batalla? No. ¿Por aquella mano inequívoca que había apoyado en mi brazo? No y no. Por lo mismo de siempre: ¡por el sombrerito! Por el sombrerito aquel que volvía a darle una nueva oportunidad, por ese sombrerito intrigante que una vez más vencía sobre su vulgaridad.

-¡Qué bien habla usted! -exclamó cuando estuve a su lado.

-Lo que ocurre -expliqué con modestia- es que tengo algunos estudios de Derecho y realicé varios cursos de Oratoria.

-¿Además de la Física Estadística?

-Sí, sí. Y también colecciono estampillas.

-¡Qué lindo! Yo tengo una estampilla. Una estampilla de Escocia. De una carta de mi tío. Se la puedo dar si usted quiere. Si quiere, viene a mi casa y se la doy.

-¿Cómo es? -le pregunté distraídamente-. Porque tengo muchas estampillas de Escocia.

La Bestia, me daba cuenta, me seguía mirando, con un odio contenido, vigilante. Lo miré a mi vez, con esa despreocupación de quien observa a un orangután en el zoológico.

-Tiene la cara de un príncipe, o un rey, o algo así. Atrás hay un castillito lindísimo y abajo dice Edimburgo con letras doradas.

-Ah, sí: la emisión Duque de Edimburgo del año 82. La tengo.

Ella se quedó callada, callada por completo. Después de haber hablado tanto este silencio resultaba extrañamente patético. Me sentí benevolente.

-Igual puedo ir -dije-, siempre es bueno tener ejemplares repetidos. Para el canje.

-¿Sí? ¿De veras? -dijo ella, de nuevo alegre. Empezó a decir algo más pero en ese momento le llegó el turno. Me hizo con la mano seña de que la esperase y se dio vuelta hacia el mostrador.

Entonces esto fue lo que ocurrió: al verla llegar al mostrador la Bestia se levantó bruscamente, blandiendo el cortapapeles y el sello.

-A ésta la atiendo yo -le dijo al aprendiz-. Vos andá trayendo el Libro de Quejas para su señoría.

Y antes de que la chica pudiera reaccionar, de un manotazo le arrancó el sombrerito. Ella, por supuesto, empezó a gritar, y daba unos saltitos ridículos tratando de alcanzar el sombrero. La Bestia se lo ponía siempre un poco más alto, mientras se reía y me miraba desafiante. Hasta que de pronto, como si lo hubiera aburrido aquel juego, apoyó el sombrerito en el mostrador y con todas sus fuerzas le desplomó el sello encima.

La chica dio un grito agudo y me miró suplicante. Pero qué podía hacer yo, aquel hombre era verdaderamente una bestia, y por otra parte, a la chica esa

apenas la conocía, después de todo sólo habíamos hablado de horóscopos y estampillas. Además, su pelo, que había quedado al descubierto, era un pelo castaño, lacio, absolutamente vulgar.

En fin: me abrí paso entre toda esa gente que me miraba esperando quién sabe qué, saludé desde la puerta alzando mi sombrero muy dignamente, y me fui.

BILLETE DE MIL

Allá viene. El tren de las cinco. Quizá fuese la última vez que viajaba en ese tren, la última vez que Wilde-Don Bosco-Bernal. Y qué. No había ni nostalgia ni alivio, sólo un tren frenando, el ventarrón caliente, el antiguo estrépito de fierros, las ventanillas de caras aplastadas.

En el andén los demás levantaban del suelo valijas y bolsas de comida y se amontonaban frente a las puertas aún cerradas. Miró el reloj de la estación, tratando de no ver qué día era: nunca le habían gustado las fechas, ni los aniversarios. Nació en el diecinueve, el viejo murió en el treinta y dos, así que fue en el treinta y tres que empecé a trabajar y hoy me jubilé. Porque las fechas son los bordes de agujeros que dan vértigo: uno puede caerse en el medio y en el medio nunca hay nada. Por eso, mejor olvidar que era seis de diciembre, que lo obligaron a hablar, unas palabras aunque sea, se había puesto de pie para decir algo que inevitablemente terminaría en agradecimientos, él, que no quería agradecer nada, pero ellos esperaban más, vio sus caras ansiosas, sus miradas impúdicas; buitres, que llorase, eso querían; lágrimas rodando por la mejilla arrugada, mocos de empleado fiel que se jubila, para poder decir cómo se emocionó don Pascual, pobre viejo.

La puerta se abrió en una andanada de piernas pero él pudo escurrirse, entrar gente en contra, antes que nadie, el cuerpo de perfil, haciendo palanca con el codo, atropellar, abalanzarse sobre aquel asiento libre. De inmediato sobrevino el reflujó, la muchedumbre que se desparramaba, los brazos izándose para colgar los cuerpos, las caras sudorosas, el aire de pronto espeso y caliente como un caldo.

A su lado se había sentado un pibe de la primaria, con el guardapolvo remendado. En el asiento de enfrente un conscripto estiraba las piernas y se volcaba el birrete sobre los ojos. Por el pasillo, en sentidos opuestos, una gorda y un viejito trataban de alcanzar el asiento desocupado junto al soldado. No se miraban, aunque ambos sabían dónde estaba el otro y calculaban de reojo los pasos que harían falta, los bolsos que deberían esquivar. El viejito llegó primero y desde el asiento le dirigió a la gorda una mirada triunfal, mientras sacaba un pañuelo del bolsillo para secarse la calva brillante.

Se había acabado el espectáculo. Desvió la vista y en el suelo, junto al hierro del banco, vio el billete. Un billete, Dios, de los de mil. Se le había caído al viejo, seguro, cuando sacó el pañuelo. Miró a los costados; sólo caras ajenas, nadie se dio cuenta, así que bastaría estirar un poco más el pie, así, curvar el empeine, así, haciéndose el desentendido, así, pisar el billete. Así. Levantó los ojos cautelosamente; allí estaba la mirada del viejo. ¿Habría visto el zapato sobre el billete? Pero no, era imposible, todo había ocurrido demasiado rápido. Dio vuelta la cara para esquivar aquellos ojos fijos y casi se sonrió; el tren se había puesto

en marcha, sólo debería esperar a que el viejo se durmiera, duérmeme mi viejo, duérmeme mi sol, para recoger el billete del suelo, Pascual solo nomás, el tigre pierde el pelo pero no debía preguntarse por qué. Había aprendido hace mucho a no hacerse preguntas. Su padre decía que la conciencia es un lujo de ricos. Por eso, no pensar que los mil pesos son la jubilación del viejo, no ver la mano del viejo dando vuelta el bolsillo vacío, el gesto dolorido e inútil.

Wilde, la primera estación. Ojalá que se baje el viejo, viejito lindo, Wilde está lleno de plazas llenas de palomas. Pero no. Y el colimba y el pibe tampoco. De nuevo el traqueteo, pero algo se había vaciado el vagón, ahora por lo menos se podía respirar. La población iba quedando atrás; otra vez los postes de teléfono en la ventanilla. Entornó los párpados casi hasta cerrar los ojos, para desanimar aquella mirada fija. Se dio cuenta, seguro. Aunque no, tranquilo Pascual, se hubiese revisado los bolsillos, ya hubiera dicho algo. Sintió el mínimo crujir del billete bajo su pie y apretó más la pierna; era suyo, ya nadie se lo quitaría. Parecía más bien como si el viejo tratara de reconocerlo, una de esas largas miradas que hacen memoria, que recuerdan y comparan para decidir si es o no es.

Escuchó un ruido familiar, de tan antiguo casi olvidado, el crepitar de un envoltorio. El pibe comía caramelos. Un súbito furor le hizo desviar la vista. Él también había tenido caramelos a la salida de la escuela. Bastaba decir nombres a la maestra y ábrete frasco. Se vio en puntas de pie, introduciendo una mano reverente y eligiendo los azules, que son de ananá. Por el pasillo avanzaba el guarda. Dónde habría puesto el maldito boleto, aquí estaba: boleto hasta Bernal. Por qué no lo pedía también a los demás, al viejo podría pedirselo, entretenerlo un segundo aunque sea, un descuido bastaría para alzar el billete; pero no, el guarda ya se alejaba, bamboleante, haciendo equilibrio entre las dos filas de asientos.

Bernal, su estación. El tren se detuvo y el calor de la tarde entró por la ventanilla como un nudo desatado. Tenía el pie entumecido, dolorosamente apretado contra el suelo, para que no asomara la punta del billete. Aguardó casi con desesperación a que bajase el viejo. Sentía sin verla, como si hubiera estado allí desde siempre, su mirada pegajosa, estancada. Tal vez debiera decirle algo, pero tenía miedo, un temor pueril, como en las salas de espera cuando enfrente hay un mogólico.

El vagón había quedado casi vacío. Él tampoco bajaría. Te voy a seguir hasta Quilmes, viejo atorrante, hasta el infierno si es necesario, a ver si bajás o no bajás. Sintió un hormigueo que le subía desde el pie: se le estaba acalambrando la pierna. Tampoco el pibe había bajado. Ni el conscripto, que aún dormitaba. Lo miró por primera vez. Su cara lisa le resultaba vagamente familiar. Todos los soldados son parecidos debajo del birrete. El servicio militar... El cabo Ortiz, izquierdo, derecho, izquierdo. FAL: F de fusil, A de automático y los judíos son todos comunistas. Había aprendido a estar siempre en el medio, a perderse en el montón, ni demasiado tonto porque te toman de punto, ni demasiado vivo porque el

más vivo es el cabo. Ni demasiado laborador porque te quedás los catorce meses, ni demasiado vago porque perdés los francos.

El tren aminoró la marcha; ya llegaban. Ahora tenía el sol sobre la cara, como una mano afiebrada. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y sintió la camisa húmeda adhiriéndose a la espalda. Una extraña debilidad, es el calor, lo amordazaba blandamente; ya no sentía la pierna, es el calambre, apenas un calambre. Hubo de pronto el chirrido hiriente de los frenos y al mismo tiempo las miradas confabuladas, golpeando todas juntas. Ellos sabían. Lo habían sabido desde el principio: el pibe, que ya no comía caramelos, que ahora miraba con insolencia su pierna temblorosa, la cara extendida como un índice, una cara que él había conocido, señorita, señorita, Pascual tiene un billete que no es suyo; el conscripto, que lo miraba con unos ojos neutrales pero resueltos, él sólo cumplía órdenes; y el viejo, sobre todo el viejo. Pero no, era absurdo, culpa del calor. Era la última estación: sólo debía aguardar a que bajen, ibajen!, esperar a que se fueran, ifuera!, sólo un poco más y podría recoger el billete y volver a Bernal, a ser un jubilado inofensivo. Pero no se bajaban. Todos los demás asientos habían quedado vacíos: sólo ellos cuatro seguían allí. Escuchó el ruido seco de las puertas al cerrarse. Una oscura certeza le sitió el cuerpo: el tren no regresaría. El viaje recién había empezado. Habría otra estación más adelante y luego otra y otra y ellos nunca se bajarían.

Con sus últimas fuerzas apretó el pie sobre el billete. El tren se puso en marcha.

UNOS OJOS FATIGADOS

El hombre que me abre la puerta es viejo, aunque no de los más viejos que me han tocado. Tiene unos ojos fatigados, con esa fragilidad algo acuosa de la edad, pero la mirada es lúcida, casi hiriente, y sus maneras son dignas y calmas. Cierra la puerta y se mueve lentamente de regreso a su sillón como si fuera un trayecto peligroso en el que tuviera que poner sumo cuidado; sólo cuando logra sentarse me indica otro sillón enfrente de él. Me sirve un vasito de licor de una botella facetada con una mano que tiembla ligeramente. Un Parkinson todavía controlable.

-Discúlpeme por la hora -me dice-; espero no haberlo despertado.

-No, duermo muy poco -lo tranquilizo- Y realmente quería salir, en todo el día no había tenido llamados.

-¿No llaman mucho, entonces? -Sus párpados se alzan un poco, las pupilas son de un color celeste acerado, pero a la luz de la lámpara se ven casi grises.

-Sí, llaman. Bastante. Más de lo que a nadie hubiera supuesto en un principio. Sólo que no me llaman a mí.

-Entiendo -dijo-: vi los otros avisos. ¿Qué prefieren? ¿Mujeres? ¿Sacerdotes?

-Mujeres, supongo, sí. Pero no en un sentido sexual, casi nunca. Buscan caras parecidas: a la madre, a una antigua novia; alguien que les haga recordar a un ser querido. Pero también hay modas. Muchos piden enfermeras, o médicos.

-¿Y quiénes lo piden a usted? -su mirada parece por un momento irónica pero la atenúa enseguida una sonrisa cortés.

-Ex académicos, sobre todo. Universitarios, escritores. Gente que todavía tiene bibliotecas, como usted, y quieren una conversación "filosófica".

-No, no se preocupe, nada de conversaciones. Sólo quiero terminar mi copita. ¿Puede creer que ellos intentaron enviarme un verdadero filósofo?

-Bueno, se supone que tienen que intentarlo todo. ¿Cuántos embajadores tuvo?

-¿"Embajadores"? ¿Así los llaman? -Se sonrío y mueve la cabeza.- A veces pueden ser verdaderamente graciosos. Fueron nueve en total, llevé la cuenta. Son realmente ingenuos, estuve a punto de escribir un último ensayo: el desfile de las razones para seguir. Pueden contar sólo hasta nueve. Me enviaron incluso una prostituta, una chica joven. Joven de verdad. Tuve que decirle: M'hijita, podría haberlo considerado... ¡hace cien años!

-En general envían tres. Pero escuché hablar de casos como el suyo. Son los que consideran una anomalía. Usted no es tan viejo, no parece enfermo, ni perdió las facultades mentales: yo sólo veo un Parkinson muy suave.

-Sí, estoy sano, eso los desesperaba sobre todo. En un momento llegué a pensar que en realidad me estaban estudiando, debajo de distintos disfraces. Pe-

ro evidentemente se resignaron, esta mañana me llegó el permiso oficial. Me dediqué a buscar la persona apropiada toda la tarde. Vi muchos avisos en la red, pero no sabía a quién llamar. Del suyo me gustó el título: un final definitivo. Eso es exactamente lo que quiero: que sea definitivo-. Suspira y deja en la mesa el vasito vacío-. ¿Lo tiene en el maletín?

Sus ojos vuelven a mirarme y otra vez me llama la atención el color cambiante de las pupilas bajo la luz. Apoyo el maletín en la mesita y lo abro con cuidado. Parece decepcionado al ver solo una jeringa.

-No -dice-: tiene que ser algo más drástico. Si no le parece mal, voy a buscar mi escopeta. No pienso dejarles el cerebro. Son como buitres y están en todas partes: en las morgues, en los cementerios, en los hospitales. Sé que se infiltran incluso entre ustedes para recuperar la masa encefálica.

-Como usted quiera -digo.

Lo dejo incorporarse y caminar dos pasos, hasta que me vuelve la espalda. Me acerco por atrás, le paso el brazo izquierdo debajo del cuello y empujo con fuerza la nuca hacia adelante, hasta escuchar el tercer crujido. Es el procedimiento alternativo, y se supone que preserva por unos minutos el flujo sanguíneo a la cabeza. Llamo por teléfono mientras doy vuelta con una mano el cuerpo reseco y delgado. Alzo con cuidado uno de los párpados para mirar la pupila de cerca.

-¿Recuperable o irrecuperable? -me preguntan.

-Recuperable -contesto-. Pero cambió de idea sobre el trato. Prefiero quedarme con algo para mi colección.

-Sólo puede ser algo externo -me advierten.

-Los ojos -digo-. Creo que son antiguos: auténticos ojos humanos.

LA TIMIDEZ INVENCIBLE DEL PROFESOR PIPKIN

El profesor Pipkin, Arnoldo Pipkin, el autor de aquel librito de gramática que se usaba en los colegios secundarios hasta que apareció el Ríos-Molina actualizado, espera en medio del andén vacío, en la estación de Puente Viejo. Está quieto, de pie, como si el hecho de permanecer parado pudiese lograr de algún modo que alguien viniera a buscarlo.

Cierto Círculo de Educadores Sarmientinos lo ha invitado para que disertase sobre sus años de docencia, y cada tanto, cuando el profesor siente la mirada curiosa del jefe de estación, saca del bolsillo la carta que le enviaron y relee el último párrafo, para convencerse otra vez de que no se equivocó de fecha.

Toda la noche duró el viaje pero el profesor Pipkin apenas pudo dormir. En su insomnio, imaginó un recibimiento en el que firmaba autógrafos y escribía dedicatorias de su libro y respondía tal vez a un reportaje para el diario local con esas frases redondas que guarda desde hace años por temor a las burlas de sus alumnos y a la risa de su mujer; y aunque el profesor odie recordarlo, aunque le parezca mezquino estar recordándolo, acaba de recordar también el sueldo íntegro que gastó en el traje nuevo.

Al mediodía, por fin, el profesor se convence de que nadie vendrá por él y decide buscar un hotel donde descansar unas horas antes de la conferencia. El jefe de estación le aconseja el Residencial Astoria, a dos cuadras de allí. Al jefe de estación le parece recordar que existe, en efecto, un círculo de educadores en Puente Viejo. La dirección donde se ofrecerá la conferencia, que también figura en la carta, parece igualmente correcta: es la sede de la Biblioteca Alberdi, en realidad la única biblioteca del pueblo, que tampoco está muy lejos. El profesor le agradece con una efusividad en la que hay mucho de alivio y sale a la calle principal, la avenida San Martín.

Apenas empieza a caminar, el profesor Pipkin advierte qué desconcertantes pueden sonar aquí los nombres de las mismas calles: acaba de cruzar la intersección sorprendente de San Martín y Pellegrini, y 9 de Julio, la del hotel, resulta una miserable callecita de casas bajas. El Residencial Astoria sobresale en una esquina. Tiene cuatro pisos y parece un edificio excesivo para lo que es el pueblo, pero el profesor recuerda que durante el verano, según le han dicho, Puente Viejo se convierte casi en una ciudad por su balneario. Entra por una pesada puerta giratoria. Apenas lo ve, el conserje deja a un lado el diario que estaba leyendo y se incorpora para atenderlo. El profesor Pipkin mira en torno; ve el lustroso piso de parquet y la escalera alfombrada y se pregunta si no le saldrá aquello demasiado caro, si no hubiera sido preferible permanecer hasta la noche en el bar de la estación. Pero ya es tarde: el conserje está de pie, sonriente, con el registro abierto, y acaba de preguntarle por segunda vez su nombre. El profesor recita con resignación sus datos.

-Tercer piso -dice el conserje extendiéndole una llave-. No se va a perder.

En el primer rellano desaparece el alfombrado de los escalones y de las largas filas de puertas enfrentadas un olor a encierro empieza a impregnarlo todo. El cuarto que le han dado es pequeño y ruin, lo que tranquiliza bastante al profesor. Hay una cama vagamente lasciva y al costado de la cama un ropero, con un espejo rajado en la puerta. El profesor abre la valija de inmediato para colgar su traje nuevo, que ha traído cuidadosamente doblado. Entonces, al acercarse al espejo, por un momento no se reconoce. Aquella barba, aquella barba desprolija, barba de un día, barba de pordiosero... Cómo, cómo presentarse así ante el público...

El profesor revisa la valija frenéticamente, pero es inútil, ya lo imaginaba él: su mujer no ha puesto la afeitadora. Las mujeres nunca se acuerdan de la afeitadora, piensa el profesor Pipkin con furia, como si de pronto su vida estuviese llena de viajes y mujeres olvidadizas. Se sienta en la cama y se mira de nuevo en el espejo, restregándose el mentón: no puede presentarse así a la conferencia. Consulta la hora. Es la una y cuarto. Ya estarán cerradas todas las peluquerías. No tendrá más remedio que esperar hasta después de la siesta.

A las tres de la tarde el profesor Pipkin decide bajar. En todo caso, piensa, podrá recorrer el pueblo si todavía es muy temprano. El conserje está dormido en su silla. El profesor deja sin hacer ruido la llave sobre el escritorio. No se anima a despertarlo; supone que alguien, afuera, sabrá indicarle dónde encontrar una peluquería.

El profesor Pipkin camina por la calle del hotel, que está desierta. Hace calor, pero no se decide a quitarse el saco: teme que en su camisa haya manchas de transpiración. Ve unos pocos negocios, todos con las persianas bajas. Camina dos cuadras más, pero advierte que no mucho más allá se acaba el pueblo. Decide doblar entonces en la primera calle lateral: *Alvarado*. Alvarado, trata de recordar, *debe ser un prócer local*, y se siente ligeramente aventurero al desviarse por esa calle de nombre desconocido.

La calle Alvarado, sin embargo, le parece pronto tan muerta como las anteriores. Pero por lo menos hay sombra, piensa. Escucha unas voces, atrás de un Citroën, en la cuadra siguiente. El profesor cruza la calle y ve a dos muchachos apoyados en el capot del coche. Hay también una chica, que está sentada en el cordón de la vereda, mostrando bastante de sus piernas. Los tres están fumando y la muchacha, además, masca un chicle. Tienen, calcula el profesor, la edad de sus alumnos. Se acerca a ellos con un poco de temor: las estudiantinas y ciertas inscripciones en el baño del colegio le han enseñado a temer a sus alumnos. Esto, por supuesto, no lo dirá en la conferencia, pero en el fondo siempre ha sido así; él les teme y ellos lo saben.

Los tres se han callado al verlo acercarse. El profesor pregunta por una peluquería y nota con disgusto que su voz sonó balbuceante.

-¿Una peluquería? -el que habla parece el mayor del grupo. Da una pitada al cigarrillo y empieza a sonreírse-. Hay una muy cerca de aquí -le dice.

-No, Aníbal -grita la chica desde el suelo.

-Vos calláte -dice Aníbal-. Por esta misma calle -indica-, una cuadra y media más adelante. De la vereda de enfrente: tóquele timbre.

El profesor duda y mira de nuevo a la chica, que masca concienzudamente su chicle, como si hubiera decidido desentenderse del asunto.

-Una cuadra y media, ¿entendió? -escucha que repite el otro.

Apenas se da vuelta, antes de llegar a la esquina, el profesor escucha la risa de los dos muchachos, y un instante después una carcajada chillona, como si la chica, a pesar suyo, no pudiera evitar reírse también de algo muy gracioso. El profesor Pipkin enrojece bruscamente. De todas las cosas que el profesor no entiende del mundo, este rubor, que le ha impedido desde siempre enfrentar los ojos de las mujeres hermosas o decir una sola mentira, es para él quizá la más incomprensible. Durante mucho tiempo pensó que habría una edad (primero supuso los veinticinco, después los cuarenta), a partir de la cual a nadie, y tampoco a él, le sería posible ruborizarse. Luego se fue dando cuenta de que nunca se libraría de esas oleadas calientes, bien conocidas, que de tanto en tanto le suben a la cara.

Y ni siquiera me están mirando, piensa el profesor mientras cruza la calle, con la cara todavía roja.

La peluquería parece más bien una casa en ruinas. La persiana, a medio bajar, está carcomida por el óxido y en las paredes descascaradas asoma la dentadura de los ladrillos. De la puerta cuelga un cartel de *Glostora*, que el profesor creía definitivamente desaparecido. Abierto, dice, pero la puerta no cede. El profesor Pipkin toca el timbre y apoya una mano sobre el vidrio para mirar el interior, que está en penumbras. Ve un gran salón polvoriento, con pisos de madera, y en un costado un sillón de peluquero antiguo, con arabescos dorados, del que se incorpora un viejo en musculosa.

El viejo abre la puerta y lo mira con fijeza.

-Es... para afeitarme nada más -dice el profesor Pipkin sintiéndose algo culpable. El viejo lo sigue mirando, sin decir nada. Se alisa lentamente con la mano el poco pelo que le queda y camina de nuevo hacia adentro, dejando la puerta abierta. El profesor lo sigue; cierra la puerta y se queda parado allí, en la penumbra del cuarto, vacilante.

El viejo no levanta la persiana: va hacia el fondo y enciende una lamparita que ilumina a duras penas el sillón y el espejo. Desde allí le indica al profesor con un gesto que se siente, mientras descuelga del perchero una camisa blanca. El

profesor obedece y mira por el espejo cómo el peluquero empieza a abotonarse. A sus pies hay un revistero, con algunas revistas amarillentas. El profesor se inclina y alza una distraídamente: es una *Semana Gráfica* de casi treinta años atrás. *Sangre atrasada*, piensa. Nunca le gustaron las revistas sensacionalistas. Vuelve a dejarla en el revistero y saca otra. Al ver la tapa a la luz, recuerda sin saber por qué el grito de la chica en la vereda. *Es el mismo número, es la misma revista*. Se inclina de nuevo y revisa rápidamente el revistero: son todos ejemplares repetidos de la misma *Semana Gráfica*, de octubre del 57.

El peluquero se acerca a sus espaldas; mientras despliega la pechera y se la ajusta al cuello, el profesor Pipkin se decide a abrir la revista. Las hojas están endurecidas y algo pegadas por la humedad. El peluquero remueve trabajosamente con la brocha el pote de crema de afeitar. La primera nota es una entrevista a todo color a un galán de cine que encontró el amor de su vida. El profesor Pipkin ni siquiera recuerda su nombre. Hay varias fotos de la pareja, a la salida de la iglesia, exhibiendo adecuadamente su felicidad. El profesor piensa en su propio casamiento: por lo menos él ya sabía entonces que no había encontrado al amor de su vida.

La nota siguiente es sobre el incendio pavoroso de un salón de baile. El profesor se apresura a dar vuelta la hoja para no mirar los primeros planos de los cuerpos quemados. Entonces ve a la mujer. La foto ocupa casi media página. HORRENDO, dice arriba en grandes letras, DEGÜELLO "A LA NAVAJA". Pero en la foto la mujer está viva. No es solamente una mujer hermosa. Hay algo más, algo en los ojos, o en la manera de posar, algo violentamente sexual que se abre paso a pesar del peinado fuera de moda, reclamando todavía todas las miradas.

-Le gusta, ¿eh? -escucha el profesor, sobresaltado. El peluquero está de nuevo detrás de él, con la brocha en alto-. A todos les gustaba.

Le alza levemente la cara y con unos pocos trazos hábiles se la cubre por completo de espuma. El profesor contempla en el espejo su aspecto un tanto ridículo de Papá Noel y vuelve a mirar la foto, sin poder evitarlo. Él nunca tuvo, nunca tendrá, una mujer así.

Hay otra foto, en la página de al lado: un muchacho de pelo largo, muy joven, con un vendaje en la cara.

El peluquero elige una navaja de su bolsillo.

-Usted no es de acá, ¿no es cierto? -dice, y golpea con la navaja la foto del muchacho-; tampoco era de acá él: se quedó por ella. -Habla de una manera ausente, como para sí; las palabras quedan en suspenso.

-Se creían que no me daba cuenta -dice con un remoto orgullo, mientras afila la navaja. El profesor escucha el rítmico chasquido de la hoja. *Debería irme*, piensa, y mira por el espejo, con una fijeza implorante, el filo que se apronta sobre su mejilla. La navaja empieza a crepitar suavemente, llevándose pelos y espuma. El profesor ve aparecer un poco de su cara de siempre, su cara lisa, algo

colorada, y recuerda por un momento el traje nuevo colgado en el ropero del hotel, la conferencia de la noche.

-Quince años me dieron -dice el peluquero y limpia la hoja con cuidado-. Él se me escapó por poco, solamente un tajo en la cara... -Parece perdido en una ensoñación-. Pero va a volver -dice con fijeza y se sonríe un poco-. Yo sé que va a volver.

El profesor Pipkin ya no lo escucha. Piensa en una marca que tiene en la mejilla, de un estúpido resbalón en la bañera. Es una marca muy pequeña, no es ni siquiera una verdadera cicatriz. Pero se verá cuando la hoja prosiga en la otra mitad de la cara. *Me levanto, pago y me voy, piensa.* El peluquero vuelve a afilar la navaja. El profesor mira de nuevo en el espejo las dos mitades de su cara. Piensa en la mujer de la foto, en su vida en la que sólo tuvo resbalones en la bañera, en una muerte a doble página capaz de arreglarlo todo, pero sabe que no, que no es por eso que se queda. Sabe que si se queda es porque en ese pueblo donde nadie lo conoce, él no se animará a salir a la calle así, con la cara a medio afeitar.

RETRATO DE UN PISCICULTOR

Así fue, sí: el primer pecesito se lo regalé yo; lo compré en El Arca de Noé, que en esa época era la única casa de animales en la ciudad. En realidad hubiera querido regalarle uno más grande, uno que estaba aparte, solo en una pecera, uno de esos peces tropicales con la cola llena de colores. Pero mi esposo me había dado poco dinero y yo quería comprarle la pecera también.

Al final me decidí por uno de estos lebistes. *Lebiste Reticulatus*, dijo el vendedor, pero casi parecía una mojarrita del arroyo, un pez verde botella, de lo más vulgar, así que llevé una bolsa entera de piedras de colores para que la pecera, por lo menos, estuviese lo más bonita posible. El paquete se lo pusimos aliado de la cama, la foto la sacó mi esposo. Cumplía once años, pero parecía más chico; siempre representó menos de su edad: era un gurrumín al lado de sus compañeros de escuela. Todo el día estuvo así, sentado delante de la pecera, mirando a su pecesito. Quería darle comida a cada rato, pero ya me había explicado el vendedor que no se puede, se enturbia el agua; después compramos el Manual del Piscicultor y verdaderamente es una ciencia la piscicultura: hay una temperatura exacta para el agua, y está la cuestión del cloro, y los alimentos balanceados. Cada vez aparecían más cosas. Pero a mí me gustaba ayudarlo, siempre lo acompañaba a la biblioteca a buscar libros sobre peces y para los doce le regalé una lámpara importada, que me había pedido durante todo el año. Tenía ya un montón de peces, siempre lebistes, y dos peceras más, que armó por su cuenta, con los vidrios de un ventanal que había roto Arturo con la pelota. Él no podía jugar al fútbol con los demás chicos. Por el asma. Había noches enteras que no podía dormir, tosía y tosía como si se le fuera a rajarse el pecho. Siempre me impresionó esa tos; era muy delgado, un chico más bien débil, y esa tos, tan violenta, no parecía suya. Yo le ponía otra almohada para alzarle la cabeza, pero en la posición horizontal no había forma de calmarlo. Entonces se levantaba, se sentaba delante de las peceras con su inhalador y se quedaba ahí toda la noche, mirando a sus peces. Antes de volverme a la cama yo le daba de nuevo el jarabe y lo dejaba así, quieto frente a las peceras, con la respiración fatigada.

El ataque más fuerte le dio en la conscripción: se negó a ir a misa y lo hicieron dormir al descampado. Tuvieron que internarlo, estuvo un mes entero en el Hospital Militar, hasta que le dieron el alta. Todo ese tiempo le cuidé yo los peces. A mí me gustaban. Mi nuera, en cambio, siempre lo peleó por los peces. En lo demás no puedo decir nada, lo acompañó como debe ser, en las buenas y en las malas; y eso que tuvieron malas, porque él tenía su idea política. Pero con los peces no. Capaz que ahora no lo dice, claro. Traelos de nuevo a casa, le insistía yo, pero él creía que con el tiempo ella se iba a acostumbrar. Y pasó tiempo: más de cuarenta años. Quería conseguir lebistes con la cola azul, desde chico pensaba en eso. Parece que nunca existieron lebistes así, una vez que viajamos a Buenos Ai-

res con mi esposo estuvimos recorriendo acuarios y sólo vimos algunos manchaditos. Pero él no se olvidaba: cuando aprendió en el secundario lo de las mutaciones estaba entusiasmado como nunca lo vi, empezó a leer unos libros difícilísimos que le había prestado su profesor, ya eso era demasiado para mi pobre cabeza. Él igual trataba de explicarme, me mostraba las láminas y me seguía llamando para mirar por el microscopio. Era muy bueno, ya entonces se notaba que iba a ser un hombre bueno. Mis otros hijos también, eh, no me puedo quejar, Arturo siempre me lleva con él de vacaciones y Graciélita viene casi todas las tardes a hacerme compañía. Pero él, era distinto. Es que la gente cambia, cambia mucho. Y él no, se sabía que no iba a cambiar.

Uno venía de la calle y al abrir la puerta ese olor era lo primero que se sentía. Parecía salir de todas las peceras a la vez, subía del fondo removido por los peces y era inútil contener la respiración, el olor se metía por la boca como una cucharada espesa y uno sabía que ya estaba también en la ropa, en el pelo. Y sin embargo poco a poco uno se acostumbraba y podía volver a respirar, cada vez con menos desconfianza: esto siempre me sorprendía, que finalmente uno volviera a respirar y entrara en la cocina y pudiese comer, con ese olor que seguía estando ahí, impregnando todo.

De chico nunca lo había advertido, tal vez porque de chico los olores, como los tamaños, son otra cosa. Había incluso un juego: él se levantaba del sillón, fro-tándose las manos, y anunciaba que iba a preparar el Abominable Menjunje de los Peces. No, Sumo Hechicero, chillaba mi hermana. Pero él caminaba implacable a la cocina y abría la heladera de un tirón y sacaba entre carcajadas el hígado chorreante, la pasta de huevo y unos frasquitos misteriosos que guardaba en el congelador. Piedad, Sumo, gritábamos nosotros de rodillas, mientras ponía la olla al fuego; y cuando empezaba a salir vapor corríamos tapándonos la nariz y mirábamos desde lejos cómo él aspiraba embelesado de la olla: *Spuzza*.

Pero aún entonces creo que yo gritaba y corría con mi hermana sólo para no quedarme afuera: ni siquiera el olor de esa olla existió para mí. Recién supe cómo eran las casas cuando empecé la escuela primaria, un día que vino mi compañero de banco para hacer los deberes. Apenas entró sentí que algo iba a ir mal, porque miró las peceras del pasillo de una manera rara. Parecía incómodo y cuando fuimos a la cocina y nos sentamos a la mesa me dijo, sin abrir el cuaderno: Che, tu casa apesta.

Buen alumno, más bien callado. Fui yo el que lo convenció de que estudiara Biología, después supe que acabó dando clases en el Industrial, aunque supongo que lo habrán echado de allí también cuando volvieron los militares. Ya era medio zurdito entonces, estaba en esos comités por el reconocimiento de los centros, pero bueno, yo pensaba que con el tiempo se le iba a pasar. Me enteré de los pe-

ces en la clase sobre Darwin. Yo les había dado el ejemplo de las jirafas y les estaba explicando cómo se efectúa la selección de ganado según la resistencia al clima, siempre daba estos dos ejemplos porque son los que los alumnos entienden mejor. Estaba por hacer los dibujos en el pizarrón cuando veo que él se levanta, era bajito, se sentaba en las primeras filas, se levanta un poco nervioso y como si no pudiera contenerse me dice: Pero entonces, profesor, también se podrían conseguir así *Lebistes Reticulatus* con la cola azul. Al principio creí que era una broma, la materia se prestaba para cierto tipo de chistes. Francamente no conocía a esos peces: mi especialidad son los coleópteros. Le pedí que repitiese la pregunta pero volvió a sentarse, dijo que la iba a pensar mejor. No querría, supongo, que los demás supieran que criaba peces.

Cuando tocó el timbre lo llamé aparte y entonces me contó. En realidad no lo tomé demasiado en serio. Lo ayudé, sí: le sugerí algunos libros y le enseñé la distribución del espectro: si quería azul por cuáles colores aproximar, pero sin muchas esperanzas, porque a esa edad los muchachos son tan cambiantes, tienen las hormonas inquietas, abandonan todo ni bien se les cruza un buen trasero.

Durante años tuve miedo de las peceras a la noche. Desde la cama, cuando todo iba quedando en silencio, empezaba a escuchar un murmullo que se contagiaba en la casa como un llamado, como el rumor de otro mundo que se animaba. Eran los calentadores de agua, son los calentadores de agua, me repetía yo, pero el murmullo seguía creciendo hasta hacerme dudar, y cuando me tenía que levantar para ir al baño pasaba corriendo, sin mirar adentro de las peceras. Una noche él estaba despierto y apagó para convencerme uno por uno los calentadores.

Después me llevó al laboratorio, en secreto: mi madre no nos dejaba entrar, decía que había demasiados cables. Se paró delante de una pecera enorme, donde había un solo pececito y apoyó la lupa contra el vidrio. Estaba recién nacido.

¿Es azul?, me preguntaba, ¿es azul o solamente celeste?

Ustedes se quedan aquí, nos habían dicho cuando sonó el timbre. Después nos llamaron a la biblioteca, para saludar. El hombre le dio un beso a mi hermana y a mí me extendió la mano. ¿Saben quién es?, nos preguntó mi madre. Mi hermana dijo que sí: el hombre de las pintadas. Todos rieron.

-Pero bueno, ahora estoy libre -dijo el hombre. Yo lo miré otra vez: buscaba, creo, un indicio de barrotos, alguna marca, pero sólo había un hombre alto y sonriente con un piloto gris. Antes de irse quiso ver los peces. Nosotros fuimos detrás. Él le explicaba sobre las mutaciones. En el fondo, le decía, son puntos de ruptura en la especie, saltos de calidad, y los dos dijeron entonces la palabra "dialéctica", que yo escuchaba por primera vez. Después, mientras recogía su portafolios, el hombre nos miró a los dos y nos preguntó si ya nos habían hablado de la revolución. A mí sí, dijo mi hermana, y el hombre se sonrió.

Y sí, lo reconozco, a mí los peces no me gustaban. Lo que ocurre es que siempre se miran las cosas de un solo lado, a mí también cuando lo conocí me pareció enternecedor que criara pececitos; algunos peces, una pecera, estaba bien. Una linda pecera, incluso, podía adornar el living, pensaba yo. Pero lo de él no era algo civilizado. Nunca pude invitar a mis amigas a tomar el té, por ejemplo, con el olor que había en la casa. O si cuento de cómo chorreaba los pisos cambiando las peceras de aquí para allá y eso que le explicaba, aunque sea agua, *igual* mancha los pisos. O cuando se ponía a cocinar el menjunje. Si hay algo que no tolero es que me invadan la cocina, sobre todo porque él nunca limpiaba. Fue toda una batalla esa: años y años para conseguir que limpiara lo que ensuciaba. Hasta que al final empezó a limpiar; limpiaba, sí, pero *mal*. Yo tenía que ir detrás repasando todas las ollas y lavando de nuevo los jarritos.

Y siempre tenía que ceder yo. Había inscripto a nuestra casa como un centro de investigaciones, para recibir gratis publicaciones del exterior; vivíamos en realidad en el Fish Research Documental Center. Lo peor es que funcionó. Todos los días aparecía el cartero con la pila de sobres. De Alemania, de Norteamérica, del Japón, muy internacional era mi esposo. Cartas, montones de cartas de otros maniáticos como él, revistas, folletos, folletitos. En fin, papeles y más papeles. *Y a los papeles hay que guardarlos en algún lado*. Eso es lo que yo trataba de explicarle. Que los sillones son para sentarse. Que pensara en su asma, por lo menos, con todo ese papelerío juntando tierra. Porque tirar, por supuesto, nunca se podía tirar nada. Y con el laboratorio también cedí yo, porque cuando hicimos el arreglo de la casa estaba ilusionada con poner en ese cuarto la máquina de coser y tener una especie de salita de labores.

Pero es inútil, cada cosa por sí sola parece una nimiedad, y como él los crió durante cuarenta años todo lo que yo diga va a sonar mezquino.

La segunda vez que entré en el laboratorio fue cuando nos pusieron la bomba.

Unos días antes habían aparecido en el frente de nuestra casa las tres letras A pintadas en negro. Esa tarde, después del almuerzo, mi madre lo ayudó a llevar todas sus peceras al laboratorio. Después corrieron nuestras camas hacia el fondo; a mí me tocó dormir en la cocina. La noche de la bomba no me despertó el ruido de la explosión: me despertaron los gritos de mi hermana. Me levanté y abrí despacio la puerta de la biblioteca. Mi hermana corría en redondo, chocándose los muebles. Me mataron, gritaba, no siento los brazos, no siento las piernas. El ventanal estaba destrozado, la lámpara caída, había vidrios por todos lados. Mi madre trataba de sujetarla pero ella parecía no ver a nadie. Él estaba ahí, en pijama, paralizado; me di cuenta de que también tenía miedo. Mi madre le gritaba el nombre de unas pastillas. Fue como un sonámbulo hasta el botiquín y

cuando volvió con el frasco mi madre le dijo que me llevara de nuevo a la cama. Sentí entonces que me agarraba de la mano y empezaba a caminar hacia el patio. Fuimos al laboratorio. Había agua debajo de la puerta y cuando prendió la luz vimos la pecera rota. Los peces estaban en el suelo, en un charco, y apenas se agitaban. Se arrodilló entre los vidrios para rescatarlos, los iba poniendo uno por uno en un frasco con agua y los peces milagrosamente revivían. Yo quise ayudarlo, me arrodillé junto a él y traté de atrapar un pececito. Pero cuando lo tuve en la mano el pez se agitó tanto que no pude sujetarlo, cayó en la boca de la rejilla y lo tragó el remolino. Yo me puse a llorar y me acuerdo que él, que nunca nos tocaba, me abrazó un poco y me dijo que no importaba, que el pececito aquel iba derecho al mar. Y aquello me hizo llorar más, porque sabía que no, él mismo me había explicado una vez que los peces de agua dulce se mueren en el mar; ni siquiera llegan al mar, me había dicho, los mata antes el detergente de las cañerías.

El tiempo que mi hermana estuvo internada en la clínica se pasaba las horas hundido en el sillón de la biblioteca. Decíle de arreglar la pecera, me dijo un día mi madre. Fuimos al patio a cortar los vidrios. Cada tanto me señalaba el cajón de herramientas. Alcanzame el... me decía, sin terminar la frase. Yo empezaba a mostrarle: la espátula, el pegamento. Él negaba con la cabeza. El cuchifái, decía, como si no pudiese encontrar las palabras, y yo seguía tocando las herramientas con el dedo hasta que él asentía. Y en la mesa también, señalaba desde la cabeceira, vagamente: el cuchifái. Con mi madre alzábamos el pan, el vino, la sal, hasta que él aprobaba y seguíamos comiendo en silencio.

Los años siguientes -los años del secundario- los recuerdo todos iguales: yo abría la puerta y ahí estaba el olor estancado de las peceras y sabía que mi madre estaría en la cocina y mi hermana encerrada en su cuarto, durmiendo, o llorando, y que si me asomaba al patio vería la sombra de su cabeza en el vidrio esmerilado del laboratorio.

Durante la siesta yo buscaba algún libro y me quedaba con él en la biblioteca. Se sentaba en el sillón como antes, con la pila de publicaciones del correo, pero cuando entraba el rayo del sol por la ventana, se dormía con la revista abierta sobre el pecho. Por esa época ya no podía dormir de noche; los ataques eran cada vez más agudos y aun durante el día se desplomaba a veces en una silla, con la cara amoratada, reconcentrado en retener cada bocanada, hasta que mi madre le daba la inyección de cortisona.

Entonces lo alzábamos entre los dos y lo sentábamos frente a las peceras y él se quedaba allí, quieto, recuperando de a poco la respiración.

Te llevo, me dijo una vez mi tío. Mi tío tenía un Caprice rojo de dos puertas; no había ninguno parecido en la ciudad. Subió los vidrios con un botón y el auto se puso en marcha por la avenida, enorme y silencioso. Yo no me imaginaba cómo

mo iba a dar vuelta en las esquinas cuando llegara a las calles estrechas de nuestro barrio.

-Y tu viejo -me preguntó-, ¿cómo anda del asma? -Manejaba distraído; el auto parecía andar solo.- Mirá -me dijo-, cuando venía el médico a verlo siempre nos decía: ese asma, a los dieciocho se le pasa. Pero ya ves, no se le pasó. ¿Y sabés por qué? -Dije que no.- Porque nunca cumplió los dieciocho.

Seguimos en silencio hasta que llegamos a la esquina de mi casa.

-Y decime -maniobró con una mano y frenó junto al cordón-: ¿sigue todavía con la pelotudez de los peces?

Quando me fui a estudiar a Buenos Aires nunca me escribió. Sabés bien cómo es él -me decía mi madre en las cartas-; pero yo sé que te extraña: ahora no tiene con quién hablar de libros ni de política. Supongo que ya estará pensando en poner una pecera en tu habitación, pero no se lo voy a permitir: quiero que todo esté igual para cuando vuelvas.

Sus pulmones lo tienen a mal traer -me escribió después-, pero hay algo que me preocupa más: se queda horas enteras mirando a sus peces. Me acuerdo que yo le contesté que desde que tenía memoria ésa había sido su ocupación fundamental. Ya lo sé, y mejor que vos, muchacho gracioso -me respondió-, pero ahora los mira distinto. En fin, que tu papá me preocupa, aunque, por supuesto, nunca vamos a saber qué le pasa.

Volví en las vacaciones de invierno, después de rendir los exámenes del primer cuatrimestre. Llegué a la hora de la siesta y quise darles una sorpresa: abrí la puerta con mi llave. Fue como si me hubiera equivocado de casa: no estaba el olor, no había ningún olor. Vi en el pasillo la doble hilera de peceras: estaban vacías. Fui a la cocina y abracé a mi madre, que estaba lavando los platos. Allí estaban las demás peceras: vacías, todas vacías. Pero cómo fue, cómo hizo, le preguntaba yo mientras ella me contaba. No sé -me decía-, qué importa cómo, los habrá tirado por la pileta. Andá a despertarlo, me dijo.

Estaba en la biblioteca, durmiendo en el sillón, con la cara al sol y la respiración entrecortada. Cuando lo toqué y abrió los ojos, tenía los párpados hinchados por la cortisona. Empezó a preguntarme por los exámenes y si había ido al teatro y cómo andaba la política en la Capital. Esas cosas me preguntaba y había matado a sus peces. Tosió, como cuando se agitaba demasiado. Yo le alcancé el inhalador. Y vos, viejo, cómo estás, le pregunté. Bien, bien, me dijo, un poco jodido de los fuelles, como siempre. Eso me dijo, y había matado a todos sus peces.

NOTA FINAL

Infierno Grande apareció por primera vez hace diez años. Es mi primer libro, aunque en verdad hubo uno anterior: *La jungla sin bestias*, que escribí entre los catorce y los diecinueve años y del que sólo retuve, como curiosidad cronológica, uno de los relatos. Los otros nueve cuentos los escribí entre 1982 y 1987, algunos mientras todavía vivía en Bahía Blanca, pero la mayor parte a partir de 1985, ya definitivamente en Buenos Aires. Aunque siempre es difícil saber cuándo se escriben los cuentos: "Infierno Grande", por ejemplo, lo empecé en 1982 y lo abandoné por la mitad, a pesar de que tenía muy claro el desenlace. Recién cuatro años después sentí fuerzas para terminarlo. Quizá más curioso: durante siete años tuve completamente pensado, de principio a fin, "La timidez invencible del profesor Pipkin", pero siempre parecía haber otro cuento del que ocuparse antes. En el otro extremo, "Brindis con Witold" lo escribí en una sola tarde y también "Baile en el Marcone", creo recordar, lo escribí en algo parecido a un rapto.

Mucho más difícil es saber cuándo se termina verdaderamente un cuento. Yo creía haber terminado con estos cuentos hace diez años. Sin embargo, mientras los pasaba en limpio para leerlos otra vez de cerca, me encontré corrigiendo -una vez más- una multitud de detalles. Nada demasiado drástico, podría decirse, pero en literatura, podría también decirse, cada detalle es importante. Yo creo que el libro, ahora, es sutilmente otro.

En 1989, el mismo año de la publicación, empecé a escribir un segundo libro que -imaginaba- tendría cinco relatos largos. Terminé relativamente pronto los dos primeros: "Retrato de un piscicultor" y "Un descenso al infinito" (este último no se incluye en la presente edición, al igual que "Un examen muy difícil" y "Esa cuestión de orificios").

El tercero se fue extendiendo cada vez más y se convirtió finalmente en la que fue mi primera novela, *Acerca de Roderer*. Mirados a la distancia estos dos cuentos que quedaron aislados pertenecen, para mí muy claramente, al mismo período y no me pareció mal agregarlos.

Al releer los doce juntos pude observar también algo en lo que apenas había reparado antes. Los cuentos, sin que yo lo premeditara, están enlazados de a pares y a veces en temas: "Un examen muy difícil" con "El recuperatorio", "Esa cuestión de orificios" con "Un descenso al infinito", "Infierno Grande" con "La timidez invencible del profesor Pipkin", pero también con "Retrato de un piscicultor"... En fin, dejo a los lectores descubrir asociaciones más interesantes.

GUILLERMO MARTÍNEZ

Buenos Aires, septiembre de 2000